

GEMA PEREZ



PRINCESA, ESCLAVA
Y ENMASCARADA



ROMANCE Y SEXO CON EL SOLDADO DOMINANTE



PRINCESA, ESCLAVA Y ENMASCARADA

Romance y Sexo con el Soldado Dominante



Por **Gema Perez**

© Gema Perez 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Gema Perez.

Primera Edición.

Autora Best Seller en Fantasía Épica y Fantasía Oscura

Dedicado a;

Belén, por ser mi magia durante muchos años.

Guillem, por reforzar mi pasión por la escritura y la fantasía.

[Haz click aquí](#)

**para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir
libros gratis**

Princesa Elena.

Recuerdo esa tarde en el Reino de Camelot cuando una misteriosa espada apareció en un claro del bosque, atrapada en una piedra gigante, la espada, brillante y con joyas en su mango, despertó la curiosidad de mi padre el Rey Marcus, quien intentó sacarla de su prisión sin resultado, entonces los caballeros más fuertes del reino fueron llamados a retirar la espada, pero todos fallaron, tenía apenas 15 años en ese entonces.

Mi padre contactó al sabio Mago Merlín. Quien le reveló que la espada estaba encantada, y quien la sacara de la piedra estaría destinado a ser el nuevo rey de Camelot. Entonces instalaron tiendas de campaña y gradas de madera alrededor de la piedra, para ver cómo los valientes guerreros de todo el mundo intentaban sacar la espada, que fue bautizada como la espada de Excalibur.

Me divertía ver cómo los fuertes caballeros de tierras lejanas venían hasta el claro del bosque y hacían fuerza flexionando sus grandes músculos para sacar la espada. Algunos lo intentaban por horas, liberando alaridos de dolor, otros hasta se quitaban sus camisas para así alardear sus grandes músculos, pero la espada seguía inmóvil. Un día llegó un muchacho flaco acompañado de Merlín.

—Princesa Elena déjame presentarte a mi protegido —Dijo el mago.

Su piel era pálida y su cabello castaño claro, no era más alto que yo y llevaba ropa vieja y la cara sucia, tenía el aspecto de un niño de la calle. Me vio, se arrodilló a mis pies y bajó la cabeza en reverencia. Tomó mi mano y la besó.

—Levántese por favor, no hacen falta tales formalidades ¿Cuál es tu nombre?

—le dije al joven.

—Arthur, su majestad, mi nombre es Arthur Polock.

—¿Has venido a intentar sacar la piedra o a acompañar a Merlín?

—He venido por la espada princesa, pero no creo que pueda lograrlo, solo sigo las órdenes del Mago.

Sus ojos eran verdes y brillantes, me sonrió de inmediato con una sonrisa cautivante

—Mucha suerte joven Arthur —le dije, para después darle un beso en la

mejilla de buena fortuna.

El muchacho se sonrojó, y lo vi partir con Merlín a la fila de guerreros que tratarían de sacar la espada.

Cuando llegó su turno, yo estaba sentada en un trono de madera al lado de mi padre, todos empezaron a reírse de Arthur por su pequeñez. El joven tomó el mango con determinación y me miró a los ojos, le transmití toda mi fe en una mirada.

—Vamos Arthur, tú puedes —pensé.

Entonces sucedió, las pequeñas manos de Arthur liberaron a la espada de la piedra, todos hicieron un gesto de sorpresa y luego callaron, Arthur temblaba con la espada entre sus manos, era tan pesada que cayó al suelo cuando la levantó. Mi padre, ofendido, se paró del trono rápido.

—¡Atrapen a ese farsante! —gritó a los caballeros.

Mi padre no lograba pensar que la corona de Camelot caería en la cabeza de un chico sucio y andrajoso, tampoco lo permitiría. Los guardias desenvainaron sus armas y corrieron hasta rodear a Arthur.

—¡Déjenlo! —Grité desde mi asiento.

Arthur estaba aterrado, cuando un caballero alzó la espada para darte una estocada, Merlín tiró una bomba de humo verde hacia los caballeros, y cuando se esparció, no había rastro de él, ni de Arthur ni de la espada. Y así desapareció ese joven de ojos verdes que me había encantado con su sonrisa, no sabía si lo volvería a ver de nuevo. Mi padre ordenó buscarlo a él y a Merlín por todo el reino.

Sir Arthur.

Conocí a Merlín un día que mi jefe el boticario me envió al bosque para entregar unos frascos con líquidos extraños a un cliente, trabajé desde muy joven para ayudar a mi madre y a mis hermanos, llegué hasta lo profundo del bosque hasta una casa vieja de madera que era el hogar del mago, su casa estaba llena de pociones y animales extraños enjaulados, después de varias entregas me ofreció un trabajo como su ayudante, así me mudé al bosque con él.

Con el tiempo descubrí que más que un hechicero, Merlín era un hombre muy sabio con conocimientos en Botánica, Medicina, Alquimia y Astrología, sabía mucho de todas las ciencias y era un excelente ilusionista. Una noche me despertó exaltado, había tenido una revelación, en sus sueños vio mi futuro como el Rey de Camelot, no le creí, yo no era de la realeza, era el simple hijo de un herrero.

Me dijo que la clave de mi destino era una espada mágica que aparecería pronto en un claro del bosque. Pero Merlín era un hombre muy sabio y poderoso, quizás había algo de cierto en sus sueños.

Cuando llegamos al claro donde estaba la espada, las piernas me temblaban, tenía miedo de hacer el ridículo frente a todos esos grandes caballeros, pero cuando Merlín me presentó a Elena, sentí una fuerza correr por mi alma.

Elena era la chica más hermosa que había visto en mi vida, con grandes ojos azules y unas pestañas largas que hacían a sus ojos más expresivos, su cabello era negro y rizado oloroso a jazmín, su piel era pálida y suave, sus mejillas se enrojecieron apenas le sonreí, sus manos se sentían tan delicadas entre las mías, era una chica tan majestuosa que me sentí avergonzado de presentarme en mi ropa vieja frente a ella.

Su voz era tan dulce, como la música más hermosa que jamás hubiera escuchado. Toda su presencia era como estar observando a un ángel, su belleza era tal que me sentí apenado de presentarme en mis ropas viejas. Luego le dije que iría a sacar la espada y sus hermosos labios rosas besaron mi mejilla, como un ritual de buena suerte, ahí pude disfrutar mejor la fragancia de sus rizos de azabache. Después que me besó sus mejillas

redondas se ruborizaron, pensé en jamás lavarme la cara después de eso.

No podía hacer el ridículo frente a la princesa, esto me puso más nervioso cuando llegó mi turno de sacar la espada, era un pequeñín comparado a todos los otros caballeros que ya lo habían intentado y fallado. Muchos se reían al verme caminar hacia la roca, casi todo el pueblo se había reunido para ver el espectáculo.

Tomé aliento y apreté el mango de Excalibur con fuerza, antes de tomarla busqué con mi mirada a Elena, estaba sentada en la tribuna al lado del rey, nuestras miradas se encontraron entre la multitud y su ruido, sus ojos azules llenaron mi espíritu de una fuerza increíble, era como si pudiera sentir su corazón y el mío latir juntos. Entonces saqué la espada, sin mucho esfuerzo, como si nunca hubiera estado aprisionada.

De repente tenía la espada reluciente en mis manos, escuché al rey gritar algo y un montón de caballeros reales me rodearon y desenvainaron sus espadas. Me superaban en tamaño y en número. Escuché los gritos de Elena en el fondo, no podía hacer nada más que rendirme, yo era apenas un chico que no les podía dar batalla. Ahí fue cuando una gruesa nube de humo verde inundó el lugar, luego sentí que alguien tiró de mi mano, Era Merlín.

—¡Vamos Arthur, es tiempo de huir!

Corrimos hasta el caballo de Merlín y luego galopamos rápido hacia el bosque hasta llegar a la cabaña.

—No podemos quedarnos por mucho tiempo, el Rey enviará a sus caballeros a buscarnos ¡Toma tus cosas y larguémonos de aquí Arthur!

Tomé mis pocas pertenencias y metí la espada en una funda negra y la colgué a mi cintura, Merlín me ordenó que esparciera aceite por toda la cabaña, luego nos encontramos afuera, él llevaba un caldero de cobre en su espalda y muchos frascos y libros. De repente tomó un pedernal y encendió la cabaña prendiendo fuego a nuestro hogar.

—Ya no podrán encontrarnos los sabuesos —dijo.

Yo no pude evitar sentirme triste al ver la casa quemarse.

—Ahora debes escucharme muy bien, porque esta será la última vez que nos veamos, yo soy viejo y llevo muchos objetos, solo retrasaré tu huida, por eso debemos separar nuestros caminos —dijo antes de darme un libro sobre

plantas y hongos venenosos y un mapa del bosque—. En el mapa he marcado una cueva que me sirvió de refugio hace tiempo, allí todavía hay algunos utensilios. Los secretos del bosque los deberás aprender tú solo. No estés triste joven Arthur, ahora tienes la espada en tu poder, he visto que estás destinado a ser grande, está escrito en las estrellas. Siempre que sigas tu corazón y mantengas la espada mágica contigo, no habrá monstruo que no puedas vencer.

Y tomamos caminos totalmente distintos, esa fue la última vez que hablé con el gran Mago Merlín. La primera noche que pasé en la cueva me sentí abatido, mi vida había cambiado drásticamente en cuestión de horas, solo podía pensar en la espada, en el fuego acabando con la cabaña y en los ojos azules de Elena. ¿La volvería a ver? Su rostro de diosa alimentaba mis sueños... Debía volverme un hombre fuerte para algún día regresar al reino y poder poseer su belleza entre mis brazos.

Princesa Elena.

Han pasado años desde que ese joven sacó la espada encantada de la piedra, desde ese día mi padre no ha dejado de buscarlo por todo el reino, ofreciendo grandes recompensas en oro por su cabeza. Me encantaría volver a ver la sonrisa de aquel muchacho, pero sabía que estaba mejor lejos del reino y de mi padre.

Desde ese día los celos de mi padre aumentaron, como si yo también podía serle robada como lo fue la espada. No tenía permitido salir del castillo sin un acompañante, y mi única amiga era mi prima Claire, quien era una chica de cabello castaño con muchas pecas en su rostro, ella era mayor que yo y pronto se casaría con el Príncipe de Trivania, una tierra muy lejana. Mi prima me dejaría sola y sin nadie con quien hablar con confianza.

—No sabes lo mucho que te extrañaré Claire —le dije una tarde donde tomábamos té el jardín.

—Sí, yo también te echaré de menos prima, pero nos enviaremos cartas y espero que me visites tan pronto como puedas —dijo mi prima mientras comía unos bizcochos de azúcar—. Tengo que confesarte que estoy muy nerviosa.

—Te comprendo perfectamente, debes sentir mucha presión ya que te convertirás en princesa.

—Sí, sí... Pero no es sobre eso de lo que te quería hablar Elena —dijo Claire, bajando la vista y acercándose a mi odio para susurrarme— ya no soy virgen.

No lo podía creer, la virginidad era un tesoro que se supone debía guardar para su futuro esposo.

—¡Claire! ¿Cuándo pasó?

—Shhh... Si alguien se entera mi matrimonio se arruinará.

—¿Pero cómo paso? ¿Cuándo pasó? ¡¿Y con quién?! —pregunté muriéndome de la curiosidad.

—Fue hace dos días, con el Caballero Sir Edward... Todavía me tiemblan las piernas de tantas sacudidas que me dio —dijo Claire mordiéndose los labios—, cuando no tiene puesta su armadura Edward es un hombre realmente guapo, su cabello es corto y algo canoso, su barba es gruesa y hace cosquillas

cuando la pasa por entrepierna mientras está lamiendo mi feminidad, y sus brazos... Oh, tiene los brazos firmes y fuertes de un caballero. ¡Oh prima! Un hombre con experiencia es lo mejor que hay, saben cómo hacerte disfrutar, conocen tu cuerpo y van descubriendo tus puntos débiles hasta hacerte explotar de placer ¿Crees que ese bobo príncipe de Trivania sepa provocarme un orgasmo usando solo su lengua? Lo dudo. Antes de pasar toda mi vida al lado de un hombre de quien no sé nada y que probablemente ni siquiera me agrade ¡Tenía que hacer una locura!

—Claire, eres toda una traviesa —reímos— ¿Pero ya le tenías el ojo puesto a Sir Edward o solo fuiste por el primer pedazo de carne que se te cruzó?

—¿Qué tratas de insinuar prima? Yo soy muy selecta con lo que llevo a mi boca —dijo en un tono irónico—. Hace mucho tiempo que noté la manera en que Sir Edward me veía, cómo sus ojos se paseaban por mi cuerpo, él tiene esa mirada sobria y atractiva de un hombre fuerte, de esos que te toman entre sus manos y te manejan como su posesión. Me sentía excitada cada vez que lo descubría mirándome, y más de una vez nuestras miradas se cruzaron, ambas sedientas de lo prohibido, luego noté que empezó a seguirme por todo el palacio, siempre con una excusa tonta. Preguntando por mi padre o por la reunión en la mesa redonda, cosas de las que yo no sabía nada, él simplemente quería una excusa para hablarme. Una tarde, me le acerqué y le pedí ayuda para mover mi cama hacia la ventana. Subió a mi habitación y apenas entró yo cerré la puerta con cerrojo. Edward sabía exactamente lo que iba a pasar. Nuestros cuerpos se deseaban y no había manera de seguir ocultando nuestro deseo. Y bueno... Sucedió lo inevitable.

—¿Qué pasó?! No puedes dejarme así Claire ¡Quiero saber los detalles!

—Pues sí tú lo pides... Apenas cerré la puerta Edward se abalanzó contra mí, me cargó y me puso contra la pared, empezó a besar mi cuello y eso me excitó mucho, tanto que comencé a gemir como loca. Él cubrió mi boca, debíamos guardar silencio para no ser descubiertos. Apretaba mis nalgas al mismo tiempo que me besaba toda la boca y el cuello. Luego me tiró en la cama y desató mi vestido con agilidad, pasó su lengua por todos mis senos poniendo mis pezones duros y erizando mi piel, yo seguí gimiendo y él cubrió mi boca de nuevo mientras saboreaba mis pechos. Decía cosas como “Eres una diosa Claire, tus senos son deliciosos”. Y yo solo gemía y gemía. Después fue bajando por mi estómago hasta encontrarse con mi vulva, donde hundió su lengua un buen rato hasta me que corrí en su boca ¡Oh Elena no tienes idea lo

delicioso que fue! Pero ahí no terminó todo, después de que mi feminidad estaba bien húmeda, introdujo sus dedos.

—¿Te dolió?

—Sí, un poco, pero después fue muy placentero, luego me metió su pene sin previo aviso y se embistió contra mí hasta que nos corrimos un par de veces.

—Fue todo un revolcón.

—Y que lo digas, esta mañana también necesité de su ayuda para “mover mi cama” —dijo Claire haciendo el gesto de las comillas en el aire.

—¿Y qué harás cuando te vayas?

—Pues nada, será el fin de esta aventura con Sir Edward, pero me lo pienso tirar todos los días hasta mi boda. Y si luego no logro que el Príncipe de Trivania me haga gemir de placer, tendré que buscarme un caballero con más experiencia entre su corte.

—Suena muy arriesgado Claire.

—Es que si no fuera arriesgado no sería divertido Elena. En el peligro está la emoción.

Estaba impactada con la historia de mi prima, en un momento de nuestra merienda Sir Edward se acercó a nuestra mesa. Una sonrisa cómplice se dibujó en el rostro de Claire.

—¿Hay algo que este humilde caballero podría hacer por ustedes bellas damas? —dijo Edward.

—¿Por qué no te agachas y me comes todo el coño querido? —dijo Claire abriendo sus piernas y subiendo su vestido para dejar al descubierto su vulva, no llevaba ropa interior.

Edward pasó su lengua por sus labios y siguió caminando como si nada hubiera pasado.

—¿Y tú Elena, nunca te ha provocado tener sexo con algún caballero?

—De hecho no... Puedes llamarme tonta o puritana si quieres, pero —creo que estoy enamorada.

—Qué ternura ¿Y quién es el chico?

—No tiene sentido, es alguien que solo vi una vez y con quien casi no

compartí, pero en el momento en que nos miramos sentí como si hubiera encontrado algo que no sabía que había perdido, sentí su alma en un breve momento y era abrumadora.

—¿Lo conozco, es alguien de la nobleza?

—No Claire, no lo conoces, es Arthur.

—¿Arthur, el chico plebeyo que robó la espada de Excalibur?

—¡No la robó! Era una espada mágica y él fue quien la liberó.

—Te entiendo... Estás enamorada del principal enemigo de tu padre. Un joven fugitivo con un arma que derrumbará nuestro reino ¡Es tentación pura!

—Creo que mis sentimientos van más allá de eso, pero... —me quedé sin palabras, la sonrisa de Arthur estaba grabada en mi mente.

De repente la Condesa Leah, madre de Claire, se unió a nuestra merienda en el jardín y ya no pudimos seguir nuestra conversación sobre hombres. Qué suerte que no apareció cuando a mi prima le atacó un impulso exhibicionista frente a Sir Edward.

Un mes después de revelarme su secreto, fue la boda de mi prima Claire, una hermosa ceremonia en una pradera de Trivania, Sir Edward estaba ahí y me enteré de que se iría de Camelot para proteger a Claire en su nuevo reino, como su caballero de confianza. Aunque mi prima no lo admita, sé que sus sentimientos hacia Edward son más profundos que una revolcada.

De vuelta en el palacio me sentía solitaria sin la compañía de mi confidente... En el castillo ya no tenía mucho que hacer, me aburría en las largas horas, traté de convencer a mi padre de ir al pueblo a dar un paseo, pero me dijo que estaba demasiado ocupado, que tenía muchos deberes como Rey de Camelot para pasar tiempo conmigo.

Un día salí, me dirigí hacia el bosque, la luz de la mañana acarició mi piel y me sentí libre y brillante. Caminé por el bosque y los sonidos eran extraños y me asustaban, de repente el cielo se puso oscuro y empezó a llover.

Corrí de regreso a mi hogar pero no podía encontrar el sendero, no hacía más que dar vueltas en círculos en el bosque y de repente, unos horribles duendes saltaron de los árboles, tenían la piel verde y narices puntiagudas, estaba aterrada, corrí lejos de ellos, pero más y más duendes saltaban para atraparme. Cuando estaba rodeada por las horrible criaturas escuché un

caballo galopar. Y de repente un caballero con armadura plateada y una capa roja acabó con los duendes. No pude ver su rostro, estaba iluminado por un halo de luz blanca, pero era el espíritu de un héroe. Luego lo vi partir en su caballo.

Desperté, ese sueño había sido tan vivido. Como si en verdad hubiera sucedido aquella fantasía, fui hasta la ventana y vi el bosque, sentía que una voz me llamaba. No podía seguir encerrada en las paredes del castillo. Quería vivir nuevas emociones, arriesgarme como lo hacía mi prima Clarie. Debía idear un plan para escabullirme de esta prisión sin que mi padre se diera cuenta.

—Nadine ¿Podrías prestarme alguno de tus vestidos? —pregunté a mi criada.

—Claro Princesa pero ¿Por qué querría usted usar mi ropa si tiene vestidos tan hermosos?

—Te diré la verdad... Pero debes jurar que no abrirás la boca —le dije entre susurros—, daré un paseo por el pueblo a escondidas.

—Señorita, déjeme decirle que debe ser muy cuidadosa, hoy en día hay muchos peligros por el pueblo de Camelot.

—Por eso mismo usaré un disfraz, si parezco una plebeya más pasaré desapercibida, además, no tengo miedo de mi propio pueblo, es un lugar maravilloso ¿Contaré con tu ayuda? —le pregunté, Nadine pareció dudosa.

—Sí su majestad, le traeré una de mis vestimentas.

Cuando la traje procedí a colocármela con un disfraz, oculté mi cabello en un gorro blanco y salí de mi habitación con una cesta de ropa, para aparentar ser una sirvienta más del castillo. Cada vez que pasaba al lado de un guardia bajaba la vista para que no me reconocieran, y así fui burlando toda la seguridad del palacio, dejé la cesta en su sitio y corrí hasta las puertas.

Caminé por el paso empedrado como si nada, hasta que salí del palacio. El pueblo no quedaba muy lejos y yo todavía recordaba el camino, la adrenalina corría por mis venas ¡Al fin pude escapar del palacio! Apenas vi las casas pintadas de colores pintorescos y olí las rosas en los jardines y el pan recién horneado saliendo de las ventanas de las panaderías, me sentí realmente libre.

Sin embargo el pueblo había cambiado, aunque todavía era un lugar

agradable, ya nadie andaba en la calle, no veía niños jugando como solían hacerlo o a las mujeres en el mercado comprando frutas, de hecho tampoco había vendedores ambulantes en las calles con sus cestas de vegetales. Era como un pueblo fantasma.

Entré a un pequeño restaurante que parecía agradable, dentro, no había gente, solo una viejo camarero que barría los pisos de madera.

—¿Podría darme una taza de té y un bizcocho de azúcar? —le pedí.

No me dio señales de una respuesta así que no supe si me había escuchado o no, pero unos segundos después regresó con mi pedido. Era un señor algo malhumorado.

—Es la primera vez que te veo por aquí ¿Cuál es tu nombre? —me preguntó.

Yo no había pensado en eso, no podía decirle mi verdadero nombre, tenía que inventar una nueva identidad.

—Marianne, mi nombre es Marianne Morrinson... Sí, es la primera vez que vengo por aquí, vivo en el castillo y siempre estoy muy ocupada sirviendo a sus majestades. Pero hoy me dieron el día libre.

—Con que una sirvienta... Es muy raro ver a una chica paseando sola por el pueblo en estos días.

—¿Es que una mujer no puede disfrutar de su té por si misma? —pregunté levantado una ceja. El hombre se rió.

—¡Claro! Pero es que desde que la banda de Los Zorros llegó a Camelot, no hay mujer que salga de su casa sin la compañía de un hombre.

—¿Los Zorros? No le tengo miedo a una peste de zorros —dije, el hombre soltó una carcajada.

—Pues estos zorros caminan en dos patas y son los bandidos más peligrosos que este pueblo ha visto. Han saqueado tiendas, han quemado casas y han robado cosechas ¿Por qué crees que los mercaderes ya no venden frutas en la calle? Por Los Zorros.

Me sorprendió para mal lo que este hombre me decía, ya entendía por qué las calles estaban tan solas, yo como princesa había vivido encerrada en una burbuja sin contacto con la realidad, me puso triste enterarme de que el lugar que en mis recuerdos era tan alegre y acogedor se había vuelto un sitio

donde reinaba el miedo, y todo por culpa de la ambición de un grupo de criminales. Terminé de tomar el té mientras que conversaba con el camarero quien dejó su actitud malhumorada y resultó ser un hombre muy interesante.

—Será mejor que vuelva al palacio antes que anochezca, gracias por todo señor —le dije al cantinero y le dejé una buena propina de monedas de oro.

—Señorita Marianne, permítame acompañarla hasta su casa.

—No hace falta buen hombre. Puedo cuidarme sola —dije al salir por la puerta.

El sol estaba cayendo y la tarde se pintó de un color naranja, mi búsqueda del caballero de luz de mis sueños tendría que esperar hasta otro día, pero a pesar de todo, disfruté de volver a este lugar. El palacio no era lo mío, con todas las reglas, los modales y las tradiciones se perdía lo hermoso de la vida. Añoraba una vida más simple.

Creí saber por donde caminaba, pero estaba tardando más en llegar al palacio, de repente ya no reconocía las casas o las calles por donde pasaba, estaba perdida. No sabía cómo regresar al palacio y ya estaba a punto de anochecer, no había nadie en la calle a quien le pudiera pedir direcciones, hasta que vi un hombre caminando por una esquina, era alto y robusto. Aunque el camarero me dijo que no confiara en nadie ese tipo era mi única esperanza.

—Disculpe ¿Podría decirme el camino al castillo? —pregunté.

El hombre estaba tallando un pequeño pedazo de madera con un cuchillo, parecía muy concentrado. Dirigió su vista hacia mí y me miró unos segundos como analizando mi rostro.

—Es que tengo que volver para servirle la cena al Rey —le dije, para hacerle saber que era una sirvienta —tenía mucho tiempo que no abandonaba el palacio pero hoy me encomendaron llevar un recado al pueblo y me he perdido como una tonta.

—Yo le diré el camino, pero ya es de noche. Déjeme acompañarla, mi nombre es Robert Dreafus—dijo mientras caminaba a mi lado.

—Mi nombre es Marianne, mucho gusto —dije y le extendí mi mano para saludarla, él la miro y tardó en responder a mi saludo.

Estuvimos dando vueltas por varias calles que no reconocía hasta que el sol cayó, era de noche y ya no podía distinguir nada, Robert se mantenía

callado.

—¿Cuanto falta para que lleguemos al palacio? —pregunté, sabía que estábamos tardando demasiado en llegar.

—Señorita, me temo decirle que esta noche usted no llegará al palacio.

Mi corazón se detuvo. Cuando el hombre me tomó por un brazo mientras sacaba el cuchillo con que estaba tallando de su bolsillo.

—Usted vendrá conmigo a la guarida de Los Zorros —me susurró.

Pateé su entrepierna antes de que pusiera su cuchillo sobre mi pierna, el hombre me lanzó una estocada que pude esquivar y cayó al suelo del dolor. Corrí por la calle oscura gritando por auxilio pero nadie me podía escuchar. Entonces escuché que Robert silbaba muy fuerte, y de los tejados de las casas saltaron más bandidos.

Era como en mi pesadilla pero en vez de duendes eran hombres altos y tenebrosos con puñal en mano. Los hombres me rodearon, todos reían como hienas. Ya no tenía escapatoria lo mejor sería entregarme pues ellos no dudarían en herirme. Me ataron, pusieron un pañuelo en mi boca para silenciar mis gritos y colocaron un saco en mi cabeza, luego sentí que me subieron a un carruaje.

—Vamos a divertirnos mucho contigo —dijo uno de los maleantes mientras tocaba mis muslos.

Yo todavía no podía ver nada, solo escuchaba sus voces horribles hablándome sucio al oído. Todo parecía tan irreal, no podía concebir que mi vida estuviese en tal peligro, lloraba y solo deseaba que esto fuera otra pesadilla. Apreté mis ojos muy fuerte para intentar despertar pero no funcionó.

Nunca hubo un caballero de armadura plateada que viniera a salvarme, esas cosas solo pasaban en mis sueños y fui demasiado ingenua al creer que encontraría a ese hombre perfecto en el mundo real. Mi padre ya debe haber notado mi ausencia, debe estar desesperado buscándome por todo el palacio. No me quiero imaginar el castigo que recibiré cuando termine todo esto, si es que termina. Si es que estos hombres tienen piedad y me dejan con vida.

El viaje parecía interminable, cada segundo era una agonía y me convencía más de que toda esta pesadilla era real y no había manera de que pudiera salir de esta. Al fin pareció que llegamos a la guarida de Los Zorros, me bajaron y me amarraron de espalda a un árbol, sacaron el saco de mi

cabeza, estábamos en un campamento en el medio del bosque, había al menos 10 bandidos bebiendo licor y celebrando alrededor de una fogata. Yo era el premio gordo de la noche, decían.

—Eres una putita con una cara muy delicada para ser sirvienta —dijo pasando su cuchillo por mis mejillas—, veamos qué escondes bajo ese gorro.

Quitó mi gorro liberando mis rizos negros, se acercó y los olió con deseo.

—También hueles muy rico para ser una sirvienta, me he cogido a muchas y su cabello siempre huele a sudor y a estofado de carne.

De repente Robert tomó un mechón de mi cabello y lo rebanó con su cuchillo.

—¡Oye Conrad ven a oler el cabello de esta puta! —gritó Robert.

El bandido se acercó hacia donde estaba y Robert le pasó el mechón. Conrad era el más joven del grupo, era un muchacho probablemente de mi edad, delgado y con cabello castaño corto, no pude distinguirlo debido a que era de noche, pero en contraste a Robert, él parecía un chico ordinario. En cambio Robert, quien era el líder de la banda, era un gordo de barba gruesa y brazos velludos.

—¿A qué te huele su cabello Conrad? —le preguntó cuando este aspiraba mi mechón.

—No lo sé... Como a perfume, quizás lavanda —respondió.

—¿Alguna vez has olido a una sirvienta que huela a lavanda?

Conrad parecía pensativo, o inseguro de dar una respuesta.

—Pues puede que le haya robado algo de perfume a su ama.

—Esta putita está escondiendo algo y yo lo sé —dijo Robert acercándose a mi rostro, tenía su nariz casi rozando la mía y podía sentir el olor de su boca podrida, entonces bajó su vista a mi escote— ¿Qué tienes ahí zorrita?

Metió su mano entre mis pechos y descubrió que llevaba un collar.

—¡Mierda, la esmeralda! —pensé, olvidé quitarme la joya antes de colocarme el disfraz de sirvienta.

—¡¿Pero qué tenemos aquí?! —dijo Robert arrancando la cadena de mi cuello

— ¡Una esmeralda!

Volteó a ver a Conrad con los ojos iluminados de codicia.

—O esta perra es una criada que le roba joyas y perfume a su señora para irse a fornicar por el pueblo, o en realidad tenemos un trozo de carne real en nuestras manos ¡Esto lo vamos a descubrir ahora! —gritó Robert cuando cortó el pañuelo que tenía en mi boca.

Estaba aterrada, Robert podría descubrir mi identidad en cualquier momento. Pero tuve una idea, si descubría que era la Princesa de Camelot, usaría eso a mi favor, los amenazaría de tal manera que tendrían que devolverme al palacio. Debía sacar todo el coraje que llevaba adentro.

—Estás en lo cierto, no soy una sirvienta —dije decidida—, soy la Princesa Elena de Camelot. Y ya mi padre estará personalmente buscándome por todo el reino, cuando dé con ustedes los mandará a la guillotina junto con todos sus familiares ¡Se los aseguro!

Robert soltó una carcajada, seguida por la risa de los demás bandidos. Y después me dio una bofetada.

—¡Calla niña estúpida! ¿Qué no sabes dónde estás? Este es el Bosque de la Oscuridad. Nadie viene jamás a este lugar porque está maldito... Ni siquiera tu papito el Rey va a venir a salvarte ¡Ahora eres nuestra! Y pediremos mucho dinero por tu rescate.

Se acercó a mi rostro, acarició sus mejillas con sus dedos gordos y grasientos.

—Me voy a divertir mucho contigo esta noche princesita —susurró a mi oído.

Con su cuchillo rasgó el escote de mi vestido dejando mis senos al aire, pasó la punta del filo por mis pezones, estaba asustada, tenía frío y el metal puso mis pezones duros y erizó mi piel. Bajé mi rostro, traté de contraer mi cuerpo lo posible para que no pudiera tocarme.

—Por favor no me haga daño —rogué entre llantos— ¡Ayuda! ¡Auxilio! ¡Alguien que me ayude por favor! —grité, y Robert se reía y me dejaba seguir gritando como maniática.

—Nadie te va a oír Elena, en este bosque solo vivimos los monstruos —dijo entre risas.

Recorrió mi cuello lentamente con la punta afilada de su arma, dejando mis senos de nuevo expuestos. Empezó a lamerlos como un salvaje, sentía su barba y su bigote entre mis pechos y solo me producía asco. Luego se levantó y comenzó a estrujar el bulto que guardaba hinchado en sus pantalones por mi cara.

—¿Qué le harás a la chica Robert? —Preguntó Conrad.

—Solo la haré pasar un buen rato, no te preocupes después que acabe con ella será toda tuya.

—Deja a la princesa quieta, ya está pasándola muy mal.

—¿Tú crees que me importa cómo la este pasando esta zorra? Lo único que me importa es que se trague toda mi leche.

—¡No le harás nada a la princesa!

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú, pedazo de crío? — Levantó su puño para pegarle en la cara.

Conrad sostuvo el golpe con su mano y le devolvió un puñetazo en el estómago, todos los bandidos se acercaron y en vez de detener la pelea solo hacían ruidos de borrachos eufóricos. Los movimientos del chico eran rápidos comparados con los golpes de Robert, Conrad recibió un puñetazo en la mejilla, a lo que respondió con uno más fuerte que le rompió la nariz, Robert cayó al suelo y Conrad lo pateó varias veces en las costillas para dejarlo abatido.

—Levántate pedazo de mierda ¿O es que un golpe ha sido suficiente para acabarte? —decía mientras lo pateaba con fuerza —¡Levántate y pelea!

Dejó de patearlo para que se recompusiera, Robert trató de levantarse del suelo, mucha sangre corría por su boca, sus brazos temblaron y terminó tirado boca abajo. Los bandidos celebraron bañaron en vino a Conrad. En este grupo de malhechores no existía la lealtad, Conrad había vencido al líder convirtiéndose él en la nueva voz de mando. El Zorro Alfa lo llamaron mientras que Robert quedó tirado en el suelo y un bandido orinó sobre él. Conrad se me acercó con una manta para que me cubriera.

—No te preocupes Princesa mientras yo esté aquí nadie te pondrá un dedo encima —me dijo y me arropó con la manta.

Se quedó parado frente al árbol custodiando de que ninguno de sus

compañeros tratara de sobrepasarse conmigo, no podía creer que hubiera alguien honesto entre esta cuerda de salvajes, pero ¿Cuál sería mi destino ahora?

Conrad no sería tan tonto como para dejarme ir, eso haría que sus compañeros le dieran una paliza como la que él le acababa de dar a Robert. Pero si pedía un rescate por mí mi padre no lo pagaría, en cambio, ordenaría a todas las tropas a que me encontrasen, mi padre quemaría todo este bosque para encontrarme.

Por muy malos que eran estos Zorros, seguían siendo una simple banda de rateros, apenas la cosa se les pusiera apretada huirían como cucarachas, pero si atrapaban a Conrad, no tendrían piedad alguna como la que él tuvo conmigo ¿Pero qué acababa de pensar?

Conrad era otro bandido más, quizás su arremetida contra Robert fue una cuestión de celos y más nada, yo era un trofeo que él quería arrebatarse de las manos, no sabía si cuando todos se durmiesen él me haría lo mismo que me estaba haciendo Robert, o hasta algo peor.

Era muy difícil pensar con la cabeza fría en esta posición. Debía negociar con Conrad, parecía un poco más inteligente que el resto de sus compañeros de fechorías, y hasta podría estar enamorado u obsesionado conmigo. Si usaba mis encantos lo tendría bajo mi poder.

—Conrad —lo llamé, él volteó a mirarme —gracias por lo que has hecho por mí, estoy en deuda contigo.

—No ha sido nada —dijo serio.

—Te tengo una propuesta —dije, él se agachó y se acercó a mí—, tú eres más astuto que cualquiera de los otros zorros, por eso sé que te gustará escuchar mi proposición. Si me liberas, te doy mi palabra como la Princesa de Camelot que te daré el doble de lo que pidas por mi rescate, todo para ti, no tendrás que compartirlo con esta banda de animales.

Conrad me miró pensativo en silencio, parecía estar considerándolo. Entonces, una figura emergió de la noche en un caballo.

—¡Te ordeno que liberes a esa mujer!

Sir Arthur.

Desde que empecé a vivir en el bosque, tuve que resolverlo todo por mi cuenta con la ayuda de mis manos, mi espada, y las pocas herramientas que me había dejado Merlín. Si necesitaba algo tenía que caminar dos días enteros hasta el pueblo vecino de Austham. Pero pronto encontré mi retrato en todas las paredes del pueblo, ofrecían 1000 monedas a quien me encontrara vivo o muerto.

No importaba mi vida, sino que le entregaran la espada de Excalibur al rey. No podía volver a ese pueblo tampoco, estaba desterrado. Fueron muchas noches las que pasé hambriento pues lograba cazar nada, hasta pensé en tirar la espada de Excalibur al río o entregarme yo mismo al rey.

Pero una noche tuve un sueño revelador, estaba galopando en el bosque y a lo lejos vi a una mujer siendo maltratada por unas criaturas horribles. Me acerqué a salvarla para descubrir que era Elena, la princesa de Camelot, pero no era la niña que una vez me dio un beso en la mejilla sino una mujer de hermosas curvas.

Cuando desperté todo cobró sentido. Debía encontrar a Elena, no podía rendirme. Me enfrentaría al bosque, aprendería a cazar, a pescar y a sobrevivir y cuando el momento fuera oportuno volvería al reino de Camelot a reclamar su amor. Y así los años pasaron y cada día me volví más fuerte dentro del Bosque de la Oscuridad. Una tarde encontré a un caballo negro bebiendo agua de un río, era salvaje y rápido, pero lo pude domar y hacer mi corcel.

Si quería convertirme en rey algún día tenía que enfrentar todos los miedos del hombre común, por eso me propuse recorrer las colinas de noche con mi caballo, subí una de las más empinadas, desde donde podía ver todo el bosque. Desde la cima observé un campamento en un claro, era un grupo de hombres que celebraban frente a una fogata, muy ruidosos perturbando el silencio del bosque.

Cuando miré con más detalle pude ver a una dama atada a un árbol estaba medio desnuda, sus senos eran redondos y preciosos. Pero debía controlar mis instintos salvajes y ayudar a esa pobre mujer que estaba siendo torturada. De pronto escuché cómo gritaba pidiendo ayuda y me subí a mi

corcel y cabalgué veloz hasta el campamento. Apuré a mi caballo, iba lo más rápido que pude, sabía que cada segundo era vital para esa mujer, si llegaba tarde ¿Quién sabe qué harían esos hombres con ella?

—¡Te ordeno que liberes a esa mujer! —le grité a el bandido.

Me bajé del caballo y le dí un puñetazo en la cara, todos los demás bandidos saltaron a mí con sus cuchillos, desenvainé mi espada hiriendo a varios, muchos salieron corriendo como cobardes pero a varios los dejé inconscientes en el suelo, y los amarré a todos en varios árboles.

Se trataba de la banda de Los Zorros, quienes llevaban tiempo sometiendo a los pobladores de Camelot, yo les estaba siguiendo los pasos desde que los vi un día tirando un cadáver al río. Eran hombres maliciosos pero se toparon con la justicia de parte de mi espada.

Cuando fui a desatar a la dama, reconocí de inmediato esos ojos azules, esos rizos negros, esa piel rosa y suave ¡Era Elena! No lo podía creer. Estaba en frente de la princesa, de la mujer que había visto aquella vez en mis sueños y que añoraba amar.

—¡Elena! ¿Eres tú? —le pregunté sorprendido. Ella se dejó caer en mis brazos llorando. Subí su rostro y limpié sus lágrimas.

Me miró como quien mira un rostro conocido pero no logra recordar su nombre.

—¿Arthur?

—Sí, soy yo. Tranquila, ya estás a salvo en mis brazos —le dije, me abrazó fuerte. A pesar de que la vida nos había cambiado mucho, ambos nos reconocimos al instante. Luego de saludarnos até a los bandidos en diferentes árboles.

—Me parece que esto le pertenece —le mostré la esmeralda que había hallado en manos de un bandido, luego se la coloqué en el cuello.

—¿Qué quieres que haga con ellos Princesa? —le pregunté, ella me miró decidida, con furia en sus ojos.

—Mátalos —dijo dándome la espalda para no ser testigo de la violencia.

Los dejé muy malheridos, si no morían desangrados serían comida de los lobos. Me acerqué a el más joven de ellos, el que me había dado más

pelea parecía estar consciente.

—¡Tú! tú te has ganado mi misericordia —lo desaté y lo alcé por su camisa— quiero que seas agradecido y nunca vuelvas a delinquir. Y cuando pregunten en Camelot por tus amigos. Diles que Arthur acabó con ellos.

El chico se fue corriendo con una pierna coja por el bosque. Ayudé a subir a Elena a mi caballo y nos fuimos galopando de ese campamento de escorias. Ella apoyó su cabeza en mi espalda y rodeó mi estómago con sus brazos, pude sentir sus pechos descansar en mi espalda, la escuché sollozar un poco mientras galopábamos.

—Elena, lamento que no podré llevarte a Camelot, el camino es demasiado largo y la noche es muy peligrosa en este bosque.

—Lo entiendo, gracias por rescatarme, no sé qué sería de mí si no hubieras llegado.

—No tienes nada que agradecerme Princesa, hice el deber de un hombre honesto. Pasaremos la noche en mi cueva, pero no te preocupes, me he encargado de convertirla en un hogar cálido y mañana partiremos a Camelot.

—¿Pero qué harás si te atrapan en el reino? Mi padre ha estado buscándote incansablemente desde el día que huiste con Excalibur.

—No lo sé Elena, pero no me importa. Sacrificaría mi vida por llevarte a salvo hasta el castillo.

Llegamos a la cueva en lo alto del bosque, encendí la hoguera y varias antorchas, había una mesa y varias sillas viejas de cuando Merlín vivía aquí, también muebles de madera con cojines de piel de mapache y plumas que yo mismo construí, tenía una cama de paja y hasta me las había arreglado para construir una bañera con los restos de una carreta que encontré en el bosque. Miré a Elena, parecía sorprendida por el lugar. Cubría sus pechos con una manta.

—¿Qué te parece mi pequeña morada?

—Es encantadora.

—Tengo aguja e hilo en alguna parte para reparar tu vestido ¿Sabes como coser?

—No, de esas cosas se encarga Nadine... Mi sirvienta —dijo apenada, como

si se sintiera inútil por no saber ese oficio.

—No te preocupes, yo le pondré un parche y lo podrás usar de nuevo ¿Pero qué te parece si primero te das un baño?

—Por favor, me siento asqueada, lo único que quiero es borrar todo rastro de esos hombres de mi piel.

—Calentaré agua para ti.

Me quité la camisa porque estaba llena de sangre, solía andar sin mucha ropa en las noches calientes de verano. Pero no me percaté que Elena estaba ahí al frente de mí.

—Espero que no te importe verme sin camisa —reí, ella estaba sonrojada.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo tapándose la boca en señal de vergüenza. Arreglé la bañera para ella con el agua tibia.

—Ya te puedes sumergir —ella me miró incómoda.

—¡Oh sí! Lo siento, te daré tu espacio —le dije, tomé el vestido y una aguja e hilo y salí de la cueva para que se bañara en paz.

No podía creerlo, Elena estaba adentro, tomando un baño en mi cueva, lavando su cabello y enjuagando sus piernas y senos. Estaba en tentación de entrar y meterme a la bañera con ella, para sentir su piel correr entre mis manos. Le dí varias puntadas al vestido y quedó como nuevo.

Pero todavía era demasiado pronto para entrar, seguro Elena todavía estaba disfrutando de su baño. Mi cuerpo se calentaba al pensar en las curvas de Elena cerca de mí, me acerqué a la puerta y encontré un orificio en la madera. Estaba mal espiarla, pero no lo podía evitar.

Entonces me asomé por el agujero y vi su silueta en el agua, su cabello mojado era largo y sedoso, sus curvas eran un paisaje perfecto que quería recorrer entero. Y sus pechos parecían estar hecho para que yo durmiera sobre ellos. Mi corazón latió rápido, el sudor corría por mi cara, sentía la sangre acumularse en mi pene, solo quería entrar y hacerle el amor a esta mujer tan hermosa con que siempre había soñado.

Princesa Elena.

El hombre a caballo de mis sueños era real. Todo era real. Había llegado para salvarme. Les dio una paliza a los bandidos sin mucho esfuerzo y me liberó. Cuando vi su rostro lo supe inmediatamente ¡Era Arthur! Ya no era un muchacho, tenía una barba oscura y el cabello castaño y largo.

Era mucho más alto que yo y sus brazos eran gruesos y su pecho amplio. Pero aunque se veía diferente, su alma era la misma. Yo tenía la capacidad de ver en el alma de Arthur y él en la mía, cuando nos vimos de nuevo fue un encuentro extra-corporal como dos almas que son una sola se unieran después de años separadas. Lo abracé, mi cuerpo se desvaneció entre sus brazos.

Dejó el destino de los bandidos a mis ordenes. En mi mente solo se repetían sus palabras cochinas, la lengua de Robert recorriendo mi piel, mis senos siendo lamidos por aquella bestia. Dos hombres peleándose a muerte por mí.

—Mátalos —le dije, les di la espalda y me alejé para no escucharlos gritar.

Los Zorros eran los responsables de todos los males de Camelot, ellos habían acabado con el pueblo de mi niñez, era tiempo de que recibieran su castigo. Subí al caballo de Arthur, nunca había cabalgado sin una silla de montar, me aferré a él para sentirme protegida. Me dijo que tendríamos que pasar la noche en su cueva.

Mi padre ya estaría muy preocupado por mí, pero confiaba en lo que decía Arthur, parecía conocer el bosque y sus peligros mejor que nadie, o quizás solo quería pasar más tiempo conmigo, no podía negar que yo también lo deseaba.

Desde que salí del castillo mi meta era dar con él así tuviera que recorrer hasta el último rincón del reino, pero el destino había cruzado nuestros caminos. En la cabaña hablaría con él, le contaría de mi vida y él de la suya aquí en lo salvaje. Seguro tendría muchas historias fascinantes.

Cuando abrió la puerta de su cueva encontré que el lugar era muy acogedor. Entonces de la nada se quitó la camisa. Sentí un calor recorrer mi cuerpo al verlo, el sudor corría por sus pectorales, su piel era oliva y brillante, tenía una marca de nacimiento rojiza en su pectoral derecho, su

pecho era firme como una roca y no había rastro de vellos, tenía unos abdominales definidos y unos brazos de guerrero, como si fuera capaz de derribar un árbol con tan solo sus manos, su cuerpo parecía tan cómodo como para tenderme en él y quedarme dormida entre sus brazos.

—Espero que no te importe verme sin camisa —me dijo sonrojado.

Por supuesto que no me importaba, podría verlo sin camisa toda la noche, quería abalanzarme a él y terminar de desnudarlo. El deseo corría por mi cuerpo erizando mi piel. Me dispuso su bañera para que me limpiara. Ansiaba quitarme la peste de Robert de mi cuerpo y así quizás también limpiar los recuerdos tan desagradables de mi mente. Debía desnudarme para entrar a la bañera, pero él seguía en frente de mí. No sabía si quería verme desnuda, estuve a punto de librarme de mi ropa a sus ojos cuando se apenó y salió de la cueva para reparar mi vestido

Mientras limpiaba mis muslos solo podía imaginar el cuerpo de Arthur sobre el mío, en sus labios encontrándose con los míos en miles de besos llenos de pasión y que esos mismos labios recorrieran todo mi cuerpo hasta encontrarse con mi feminidad, quería sentir el placer del que me habló Claire, quería darle mi virginidad, como un tesoro, a Arthur, mi salvador.

Terminé mi baño, Arthur me pasó el vestido remendado por el resquicio de la puerta, cuando estuve lista le avisé y entró, me vio como un bobo, como si me estuviera de nuevo por primera vez, el baño me dejó reluciente, ya no había sufrimiento en mi rostro. Le sonreí.

—¿Por qué? ¿Acaso huelo mal? —me preguntó y subió su axila para olerla, reí.

—Hueles... A hombre —pensé, en voz alta, él me miró sonrojado.

—Date vuelta —me dijo.

Váltee a ver a una pared donde casualmente había un trozo de espejo colgado, Arthur estaba desnudándose para entrar a la bañera, estaba de espaldas, lo vi quitarse el pantalón y ahí estaban sus dos nalgas, redondas y firmes como duraznos, solo me provocaba apretarlas. Luego de la ducha se secó con una manta y se quedó sin camisa, cosa que mis ojos agradecieron.

—¿Cómo te capturaron esos bandidos? —me preguntó, yo no podía decirle que salí del castillo a buscarlo por un sueño que tuve, sonaría demasiado ridículo.

—Fui a dar un paseo por el pueblo, hace mucho que no salía sola y no sabía que el lugar se había vuelto tan hostil.

—Sí, debes tener más cuidado la próxima. Seguro estarás hambrienta después de todo esto.

—Un poco...

—Tengo unas fresas frescas que recogí esta mañana.

Arthur se sentó sobre la piel de un oso frente a la chimenea con la cesta de fresas y me invitó a sentarme a su lado.

—¿Quieres probarlas? —me preguntó, asentí con la cabeza.

Puso una fresa en mis labios, la mordí lentamente sintiendo su dulce jugo. Lo miré a los ojos, pasé mi lengua por mis labios para atrapar los restos de la fruta. Arthur tragó grueso, parecía nervioso. Como si temiera del deseo que había entre nosotros. Aunque no quería ser yo la que diera el primer paso, ya no podía aguantarme las ganas de estar con él. Me recosté de su cuerpo y él me rodeó con su brazo.

—Quiero otra —le dije, él colocó otra fruta en mi boca que comí con placer. Podía sentir su corazón latir rápidamente, seguro yo era la primera mujer que tenía entre sus brazos.

—Tengo curiosidad acerca tu espada...

—Es una espada muy ligera y veloz, pero sigue siendo filosa y mortal.

—Yo no me refería a la espada de Excalibur Arthur —me miró confundido, bajé mi mano y palpé su bulto, estaba muy duro y cuando lo toqué lo sentí saltar.

Arthur me miró y me clavó un beso apasionado, sus labios eran suaves y carnosos, su lengua fue encontrándose con todas las dimensiones de mi boca, estaba excitándome con el sabor de su saliva. Me tendió en la piel del oso, yo rodee su cintura con mis piernas y la cesta de fresas se desparramó en el suelo.

Estábamos besándonos frente al fuego de la chimenea, lo que hacía todo aún más caliente. Besaba mi cuello mientras acariciaba mi cabello, yo pasaba mis manos por su gran espalda. Luego lo voltee, estaba ahora encima de él. Tomó mis nalgas y las apretó con fuerza, empecé a gemir.

—Desnúdame —le pedí.

Metió sus manos por debajo de mi vestido quitándomelo con delicadeza, sus manos eran tibias sobre mi piel. Al verme desnuda estaba deslumbrado.

—Eres... Hermosa... —dijo anonadado.

Sonrió, tomé sus manos y las subí hasta mis senos, él los acarició, yo me movía sobre su cadera y podía sentir su miembro erecto guardado en su pantalón. Se levanta, me alza y me toma de las nalgas, me besa y me acuesta sobre la mesa de madera. Lamió mi cuello hasta llegar a mis senos, los cuales saboreó con gran placer, lo escuché gruñir, traté de tocarlo pero tomó mis muñecas y las puso contra la madera.

—Quiero que solo disfrutes... Mi princesa.

Arthur fue bajando con su lengua por todo mi cuerpo, dándome besos y lamidas a las cuales yo solo respondía con gemidos, hasta que sus labios encontraron mi vulva humedecida, y la acogió con un beso de lengua. Voltee los ojos de placer. Mis muslos temblaban con cada lamida, sentía un cosquilleo frío recorriendo toda mi piel, abrió los pliegues de mi vulva con sus dedos para atrapar mi clítoris hinchado con su boca.

—¡Aaaah! ¡No te detengas! —le pedí, estaba retorciéndome de placer.

—¿Te gusta?

—¡Sí! —grité.

Hizo círculos con su lengua por todo mi sexo. Cada vez su lengua iba más profundo en mi vagina, después empezó a frotar mi clítoris con su lengua y con un dedo exploraba las paredes de mi vagina. Tomó una fresa que había en la mesa y la puso en mi boca para que probara su sabor ácido y dulces mientras él me llenaba de placer.

Arqueé la espalda, sentía electricidad por todo mi cuerpo, mis gemidos se aceleraron, cerré los ojos y el éxtasis me invadió. Solté un grito de placer cuando me corría por toda su boca. Quedé jadeando extasiada y sudada y Arthur se acercó y fue besando mi cuerpo hasta llegar a mi boca. Tomé su cuello con mis brazos y lo besé todavía agotada.

—Qué delicia... —me dijo entre besos—, tu vulva... Es deliciosa.

Me ayudó a levantarme de la mesa, todavía no estaba satisfecha, quería

ese hombre entero dentro de mí. Lo besé, como él a mí, recorrí con mi lengua sus pezones y sus abdominales definidos, mientras él acariciaba mi cabello. Fui bajando hasta toparme con su pene, estaba completamente erecto bajo la tela de su pantalón, pasé mi cara por él.

Lo mojé con mi saliva a lo que él respondió con bufidos, podía sentir el sabor de su pene a través de la ropa. Cuando no pude más le bajé los pantalones, su miembro rebotó erecto, Era grande, venoso y parado como una flecha. No tenía vellos por lo que se sentía suave entre mis manos, lo empecé a masturbar y ya podía sentirlo humedecerse, seguí los consejos que me dio Claire antes de irse y recorrí su glándula hinchada con mi lengua para luego aprisionarlo en mis labios.

Sabía salado pero delicioso, lo tragué hasta que rozó el fondo de mi garganta, escuché los jadeos de Arthur cuando movía su cabeza hacia atrás en señal de placer. Entonces empezó a mover sus caderas una y otra vez dentro y fuera de mi boca. Lo miré directo a los ojos mientras disfrutaba de su miembro palpitando en mi boca, él me miró, sacó su pene de mi boca y la saliva y otros fluidos corrían por mis labios, sonrió y me dio un beso profundo.

Me puso en cuatro piernas, se arrodilló y siguió con su vaivén de caderas contra mi boca, pero ahora jugaba con mi vulva, introdujo dos dedos dentro de mí, los movía rápido para darme placer mientras yo se lo daba a él.

—Voy a correrme Princesa —dijo Arthur y sacó su pene de mi boca, temeroso a que me diera asco su semen.

—¡Ven aquí Arthur! Quiero probar tu leche tibia —le dije.

Tomé su miembro con mis labios y lo hundí hasta el fondo, lo escuché soltar un alarido como una bestia cuando su pene estalla dentro de mi garganta, tragué todo su semen y seguí chupándolo. Él apretó mis nalgas y jadeó rápido, mi boca prolongaba su placer. Cuando lo dejé ir todavía estaba erecto y daba pequeños brincos.

Me pasé la lengua por los labios, él subió mi mentón y me dio otro beso para tumbarse encima de mí. Nos acostamos abrazados encima de la alfombra de oso, él acariciaba mis nalgas con suavidad y a momentos pasaba sus dedos por mi vulva, yo le daba pequeños besos en el cuello y en el pecho.

—Arthur, no sé cómo pude pasar tanto tiempo lejos de ti...

—¿Pensaste en mí todo este tiempo? —me preguntó.

—Jamás olvidé tus ojos.

—Yo jamás olvidé ese beso en la mejilla que me diste esa tarde. Todos los días pensaba en ti, y mi meta era un día volver al reino para reclamar tu mano.

—Arthur, no quiero volver al reino, no quiero ir al castillo nunca más. Quiero vivir aquí contigo en el bosque.

—Princesa, el bosque es un sitio muy duro para ti, te prometo que volveré por ti y que viviremos juntos muy pronto. Mi destino es ser el Rey de Camelot y tú serás mi reina.

Sus ojos se iluminaban cuando hablaba de nuestro futuro juntos, yo suspiré ilusionada, deseaba perderme por siempre junto a él, no me importaba perder todas mis comodidades, el amor de Arthur lo compensaba todo, era lo más puro y hermoso que jamás había sentido. Entre mis piernas sentí su pene todavía erecto.

Empecé a jugar con sus bolas, eran grandes y suaves. Él se rió y frotó mis pezones, gemí, le dí una mirada pícara. Era hora de ir por todo. Bajé a su pene, lo comencé a masturbar al mismo tiempo que lamía sus testículos, él soltaba bufidos de placer. Hasta que se levantó y se abalanzó contra mí. Puso mis piernas sobre sus hombros y acomodó su pene.

—¿Estás lista?

—Sí, lo quiero todo.

Me penetró lentamente, gemí, fue un poco doloroso al principio, pero él supo moverse con cuidado para que mi vagina se fuera adaptando a su miembro grueso, Lo sentía más cerca que nunca, con cada penetrada profunda él me besaba. Poco a poco fue acelerando el compás de sus caderas hasta que me embistió con desenfreno.

Su sudor corría por mi piel. Con cada embestida me sentía más cerca del placer máximo hasta que me corrí, Apreté su espalda con mis uñas cuando grité por el orgasmo. Luego sacó su pene y lo masturbó rápido para acabar por segunda vez sobre mi estómago. Me encantaba escucharlo hacer ruidos de placer. Tomó una manta que había en el suelo y me limpió, le gustaba cuidarme.

—¡Es hora de limpiarnos! —dijo, me cargó y me metió a la bañera.

Tomó el agua tibia en un recipiente y lo vertió en mi cabello, masajé mi

cuero cabelludo y mis hombros.

—Entra conmigo cariño —jalé su brazo.

Arthur se sentó en la bañera descansando su espalda sobre mis pechos, lo besé, lo llené de mimos y estrujé sus abdominales para limpiarlos, duramos un buen rato acariciándonos en el agua, hasta que mis dedos empezaron a arrugarse.

Traté de salirme pero Arthur tomó mi mano y me devolvió en la bañera, me sentó sobre su cadera y sentí su pene rozar mi vulva, moví mi cuerpo para encajar con su miembro, empecé a menearme sobre él a mi ritmo, iba rápido, él besaba mi cuello, yo me retorcí de placer, el agua chapoteaba por todos lados. Él también movía su cadera y los dos tomamos el mismo ritmo incesante hasta que llegamos al orgasmos al mismo tiempo. Nuestros gemidos se unieron en uno solo que seguro retumbó en todo el bosque.

Dormidos abrazados y desnudos el resto de la noche, nuestros cuerpos estaban agotados de tanto placer. Me sentía como en casa durmiendo sobre el pecho de Arthur escuchando su corazón latir.

—Despierta Princesa —susurró Arthur en mi oído— es hora de que vuelvas a Camelot.

Aún el sol no salía, Arthur me preparó el desayuno, eran huevos de codorniz hervidos con rábanos.

—¡Está delicioso! —dije, mientras comía su preparación.

—Gracias, Merlín me enseñó cómo hacer buenos platillos con muy poco. Come rápido princesa, debemos llegar al amanecer.

Cuando salimos de la cueva no pude evitar ponerme triste, pensar que esta podría ser la última vez que vería a Arthur en mucho tiempo, debíamos averiguar una manera de encontrarnos.

—¿Te volveré a ver?

—Tenlo por seguro Elena, nada nos volverá a separar.

—Pronto será mi cumpleaños, en dos semanas...

—¿Qué le podré regalar a una princesa que ya lo tiene todo?

—Me puedes regalar lo que ningún otro hombre puede... Amor puro.

Nos besamos, fue un beso profundo y alargado, como si fuera el último. Subí a su caballo, galopó rápido por el bosque, la luz era del azul pálido del amanecer, rodeamos todo el pueblo de Camelot para que nadie nos viera y me dejó varios metros detrás del castillo, me bajé de su caballo. No había tiempo para despedidas emotivas, el sol comenzaba a salir llenando el cielo de un color naranja.

—Adiós Arthur...

—Hasta pronto amor mío.

Y se fue en su veloz caballo hacia el bosque. Subí por la ventana de mi cuarto y entré, todo parecía normal en mi habitación, como si nadie hubiera entrado a buscarme, me quité el vestido de sirvienta y me puse una de mis batas para dormir, fui a la cama y cerré los ojos.

Solo veía el rostro de Arthur, solo sentía sus besos sobre mi piel, solo imaginaba mi cuerpo entre sus manos. Las piernas aún me temblaban, como me había dicho mi prima, de solo pensar en su pecho amplio, en sus abdominales de dios y en su pene, su vigoroso miembro entrando y saliendo de mi cuerpo. No pude quedarme dormida a pesar de lo cansada que estaba.

De repente, alguien tocó mi puerta. Estaba nerviosa, seguro era mi padre furioso, no había pensado en una excusa para justificar mi desaparición.

—Adelante —dije temerosa.

—¡Princesa! —dijo Nadine, como en un susurro gritado —Al fin apareces.

—Oh Nadine qué bueno que eres tú.

—¿Dónde se había metido?

—No sabes todo lo que me pasó ¿Y mi padre, todavía me está buscando?

—Su padre salió en un carruaje a Trivania un poco después de que usted saliera a dar un paseo, volverá en dos días.

—¿Entonces nadie notó mi ausencia?

—No. Luego de que transcurría la tarde comencé a preocuparme por usted, pero pensé que seguro se había escabullido con algún caballero... Y que pasaría la noche fuera de casa. Por lo que a la hora de cenar dije que se sentía mal del estómago y no comería.

Entonces mi mayor preocupación se esfumó. Nadie había notado que me

había perdido, por lo que no tendría que dar explicaciones ni recibir un castigo.

—¿Por qué supusiste eso Nadine? —dije apenada.

—¡Já! No tiene que disimular conmigo, yo no la voy a delatar, ya estaba acostumbrada a cubrir las aventuras de su prima la princesa Claire.

—Oh Nadine, si te contara todo lo que me pasó... Fueron tantas cosas en una sola noche que parece que hubiera vivido años.

Le relaté toda la historia a mi sirvienta, se sorprendió al escuchar que Los Zorros me secuestraron.

—Princesa, si le hubiera pasado algo peor sería mi culpa.

—Tú no tienes la culpa de nada, todo fue invención mía. Pero de todo lo malo salió algo bueno... Encontré el amor de mi vida.

—¿En el Bosque de la Oscuridad?

—Sí, ahí es donde vive Arthur. El de la espada de Excalibur —me miró sorprendida —, él fue quien me rescató de los bandidos y los fulminó. Luego me invitó a su casa.

—¿Dónde se ha ocultado todo este tiempo?

—En una cueva... Pero es un lugar muy acogedor, al que me encantaría volver.

—¿Y si su padre lo encuentra, qué hará?

—Arthur es un hombre tan fuerte, seguro derrotará a todos los caballeros con su espada.

Nadine era mi nueva confidente, había demostrado su lealtad al encubrirme anoche, sabía que guardaría el secreto de mi aventura con Arthur.

—Su cumpleaños se acerca ¿Ya tiene pensado qué hará?

—Lo único que quiero hacer es escaparme al bosque de nuevo para besar a Arthur toda la noche.

—Podría organizar una fiesta de máscaras, como lo hizo su prima Claire el año pasado.

—Es una excelente idea, y así Arthur podrá venir hasta el castillo y nadie lo notará bajo un disfraz ¡Gracias Nadine, eres una genia!

—¿No cree que será muy arriesgado traer al enemigo de su padre hasta aquí?

—Mi padre estará bien ebrio desde temprano, sabes cómo se pone en las celebraciones... Además, en el riesgo está la emoción. Necesitaré tu ayuda Nadine, debes ir hasta el bosque a entregarle mi invitación.

—¿Yo sola?

—¡Por favor Nadine! Prometo recompensarte, Arthur ya aniquiló a Los Zorros, yo misma lo vi, ya no hay peligros en Camelot. A menos que tú creas en supersticiones.

—Está bien Princesa, la ayudaré... Pero quiero ser una invitada más en su fiesta, con máscara y con vestido y no una simple sirvienta.

—No te preocupes Nadine, esa noche todos nuestros sueños se harán realidad.

—Hay que poner manos a la obra, ya se acerca mi cumpleaños y tenemos que organizar un festín.

Aunque tenía que esperar el regreso de mi padre para su aprobación igual organizaría todo, para que cuando me viera tan entusiasmada no pudiera decirme que no. Le escribí una invitación personal a Arthur y ordené entregar invitaciones para toda la aristocracia de Camelot y los monarcas de los reinos vecinos, por supuesto invité a mi prima Claire y a su esposo el Príncipe de Trivania.

Contraté a las mejores modistas del reino para que me hicieran un vestido a mi medida, y uno para Nadine también, pero el Mío debía ser digno de una princesa, debía cautivar todas las miradas, ser el espectáculo de la noche. Lo pedí de tela azul marino con un armador y detalles de flores bordadas de color plateado. Mi antifaz era de encaje negro y estaba adherida a mi rostro, además llevaba una capa blanca para verme aún más imponente y misteriosa.

Serviría un banquete de 5 platos para mi cumpleaños, junto con un pastel por cada año que cumplía, habría más comida que gente y lo que sobrara lo repartiría entre los plebeyos el día siguiente. Un orquesta tocaría toda la noche canciones para que todos los invitados bailasen bajo el anonimato de las máscaras. Lo divertido de la noche es que nadie sabría quién era quién.

El día había llegado, mi padre me despertó cantando desde la ventana. Cuando me asomé, me había regalado 20 caballos blancos, eran hermosos.

Pero yo no necesitaba 20 caballos, con uno solo bastaba. En la sala de estar había una montaña de regalos de todo el mundo. Collares de joyas, aretes, vestidos, pasteles.

Hasta un retrato mío de tamaño gigante me regalaron. Pero no había rastro de nada de Arthur, él era el único que me importaba, esperaba que viniera esta noche, si no lo hacía no habría regalo que me pusiera feliz.

Salí en la carroza hacia el pueblo, en la catedral harían una misa en mi honor, la gente me tiraba flores cuando pasaba saludando por la ventana de la carroza, estaban felices de verme, ya no se veían asustados como cuando Los Zorros dominaban el pueblo, Camelot había vuelto a la paz gracias al valiente Arthur y quería que todo el mundo lo supiera y que fuera reconocido como se debía. Al caer la noche las carrozas comenzaron a llegar al palacio para la gran fiesta, yo los veía por la ventana mientras una modista me peinaba a mí y a Nadine y me ayudaba a colocarme el vestido.

—¿Está nerviosa Princesa?

—Por supuesto... ¿Tú crees que venga Nadine?

—No tengo idea Princesa, yo dejé la carta donde usted me indicó, debajo de la puerta de la cueva. Pero entienda que al venir hasta aquí él estaría arriesgando su vida.

—Lo sé Nadine, pero yo creo que él la arriesgaría por mí.

—Solo compartiste con él una noche, es una suposición acelerada.

—No lo es. Yo pude ver en su alma. Él me ama de verdad.

—El tiempo le dará la respuesta Princesa, por el momento lo mejor será que disfrute de su gran agasajo.

—Lo haré ¡Nos vamos a divertir como nunca! Podrás bailar con algún príncipe, serás de la realeza por esta noche... No te cohíbas en nada Nadine, esta es mi manera de agradecerte tu ayuda y tu amistad.

Sonrió, se veía radiante con su cabello rubio suelto y su vestido color turquesa, esa muy linda para ser una sirvienta pero detrás de la máscara podría ser otra princesa en la fiesta. Cuando bajé por las escaleras escuché los aplausos de la multitud, alababan mi vestido.

El heraldo prosiguió a presentar los invitados, uno por unos desfilaron,

duques, marqueses, príncipes y princesas, reyes y reinas reverenciándose ante mí. Todos vinieron acorde a la mascarada con vistosos antifaces. Mi prima desfila un vestido color púrpura de la mano de su actual esposo. Nos sonreímos, ya quisiera contarle a ella sobre mi aventura. De repente las trompetas sonaron anunciando la llegada de un nuevo invitado. Dirigí mi mirada hacia las puertas ¿Era Arthur quien había llegado?

—Démosle la bienvenida al Príncipe Christopher de Lataria y a su esposa la Princesa Jacqueline—Dijo un heraldo.

Me decepcioné, eran unos príncipes que ni siquiera conocía. Cerraron las puertas y comenzó el baile, Arthur no había asistido. Bailé un vals con mi padre sin mucho ánimo, todas las parejas se movían agradadamente, parecían disfrutar de la fiesta. Quizás fui demasiado egoísta al querer que Arthur viniera hasta al palacio.

—¿Me permite esta pieza con su hija, su majestad? —escuché que alguien preguntó a mi padre.

Ahora tendría que bailar con cuanto hombre quisiera tocar mis caderas por un rato, la idea me parecía detestable pero era mi deber como anfitriona bailar con cada invitado. Me despegué de mi padre y tomé la mano de aquel hombre, este puso su mano en mi cadera me apretó contra él.

Subí la vista, traté de detallarlo a través de su antifaz negro. Tenía el cabello castaño claro un poco largo, no tenía barba, era alto y llevaba un elegante traje negro, olía muy bien, como a cedros, pero tenía un olor particular que me parecía familiar.

—Te ves más radiante que nunca Elena —me susurró al oído.

¡Esa voz la conocía! Era la voz grave de Arthur, mi corazón se aceleró, debía guardar la compostura pero en verdad quería darle un gran beso y saltar en sus brazos.

—Feliz cumpleaños mi princesa.

—Gracias —le dije, para luego darle un sutil beso en la mejilla.

Arthur era un excelente bailarín, me tomó por la cintura con gran maestría y bailamos como si estuviéramos flotando por el salón, me dejé llevar por sus movimientos agradados, se veía tan elegante ahora. Con el cabello cortado, afeitado y arreglado, parecía todo un caballero. Luego nos

tocó cambiar de parejas, él bailó con mi prima Claire y yo con su esposo el Príncipe August.

Era un chico muy refinado de piernas cortas, nada que ver con el tipo de hombre de mi prima. Vi que ella le hablaba a Arthur mientras bailaban, tenía miedo de que lo descubriera. Terminó el baile, era hora de la comida, brindamos a mi nombre antes de probar el banquete. Yo estaba sentada en la cabecera de la mesa y Arthur estaba perdido en alguna silla del largo mesón, pero su mirada me encontró, no apartó la vista de mí en toda la cena. Me sonreía de momentos, me sentía apenada. Sus ojos me decían cuánto me deseaba.

La fiesta prosiguió con un espectáculo de bailarines y malabaristas circenses. Mientras todos aplaudían y los artistas hacían piruetas yo busqué la mirada de Arthur entre todos los antifaces, ahí estaba, aplaudiendo y viéndome con una sonrisa pícaro.

Mis ojos se lo decían todo, quería escaparme del castillo con él a un lugar más privado. Caminé y él me siguió hacia el laberinto hecho de arbustos donde podríamos estar solos. Entramos a la hierba, nos adentramos hasta un rincón del laberinto y le quité el antifaz a mi caballero misterioso.

—Arthur... Te extrañé demasiado —salté hacia él para besarlo.

—Mi princesa, tú también me hiciste mucha falta, no sabes cuánto... No pude dejar de pensar en ti ni por un segundo desde que nos separamos.

Me tomó por las caderas y nos abrazamos, no tardó en llenarme de besos y mimos.

—Te ves tan diferente Arthur ¿Cómo lograste conseguir esa ropa y que te cortaran el cabello?

—Cuando recibí tu invitación salí de inmediato al pueblo de Mirwetch, fue un viaje largo pero ahí nadie me conocía. Cambié algunas reliquias que me había dejado Merlín en la cueva y fui al barbero y al sastre. Quería lucir digno de ti —sonreí.

—Eres digno de mí de cualquier manera.

—Te traje un pequeño regalo.

Se arrodilló y sacó un pequeño cofre de su bolsillo. Mi corazón se detuvo. Sabía exactamente lo que haría y no lo podía creer.

—¿Quieres casarte conmigo Elena? —me preguntó, abrió el cofre y me mostró un anillo de oro con un diamante traslúcido.

—¡Sí! ¡Sí quiero casarme contigo mi Arthur! —tendí mi mano, él colocó el anillo en mi dedo y me besó.

—Te haré la mujer más feliz de todo Camelot, de todo el mundo, te lo prometo.

—Arthur ¿Cómo haremos que funcione? Tú no puedes volver a Camelot.

—Tendré que enfrentar a tu padre. Lo haré ahora mismo que estoy aquí.

—¡No! No arruines este día tan especial. Debemos hallar un modo de vernos.

—Ya encontraremos el camino Elena. El amor verdadero siempre lo encuentra.

—¿Me amas?

—Te amo más que a mi vida princesa... Quiero hacerte el amor Elena, quiero hacértelo todas las noches de mi vida.

—Quiero que me tomes como lo hiciste aquella noche.

Él se acercó a mí, subió mi mejilla y me dio un beso, yo quería más, quería que me devorara. Tomé su mano para salir del laberinto, entramos al castillo y todos reían y comían, el vino había emborrachado a todos los invitados, nadie notó mi presencia ni la de mi acompañante. Pude ver a mi padre tocándole las piernas a una doncella, a Nadine reírse sentada en las piernas de un Conde, Claire por otro lado coqueteaba con Sir Edward mientras que su esposo el Príncipe August conversaba con su chambelán.

—¡Vamos! Es nuestra oportunidad —le dije, llevándolo hasta mi recámara. Entramos, no podía contener la emoción de tener a Arthur para mí sola de nuevo, me besó apasionadamente, estaba desesperado por quitarme el vestido.

—Aguarda, tienes que ayudarme a quitármelo con calma —se rió.

Desató mi corsé para luego sacar el vestido y ayudarme a quitar el armador. Era todo un proceso desnudarme, pero él se esforzaba para tratarme con cuidado. Cuando al fin me tuvo desnuda trató de quitarme la máscara.

—Déjala puesta —le pedí.

Estaba desnuda a la luz de la luna con nada más que mi máscara de encaje puesta, él me contemplaba como si estuviera viendo a una diosa, metió

sus dedos entre mis rizos negros para acariciarme, yo desabroché su traje y besé su pecho, tomó mis senos entre sus manos, los besó y los llenó de mimos.

Me cargó y me tendió en la cama, yo sobé su bulto con mis pies, estaba bastante duro ya, se veía tan guapo con ese corte de cabello. Se tiró encima de mí para besarme el cuello, yo empecé a bajarle los pantalones con los pies, él se los quitó y quedamos los dos desnudos. Lo tomé por las nalgas, y lo pegué a mi cadera.

—¿Quieres que te penetre amor?

—Siempre.

Abrió mis piernas y metió su pene de un solo golpe, solté un grito placentero.

—Más fuerte —pedí. Me embistió de nuevo llegando al fondo de mi vagina—
¡Más!

Empezó a mover su cadera rápida y profundamente contra mí, llenándome de mucho placer, sudaba, gemía como loca y lo escuchaba a él estremecerse, su pecho sudado sobre el mío, se acostó encima de mí mientras me penetraba, estuvimos tan cerca que era como si fuéramos un mismo ser.

Me besó y sentí su pene derramarse dentro de mí. Pero no paraba de sacudirse hasta que me hizo alcanzar el orgasmo. Arañé su espalda y grité desenfadada. No me importaba que alguien me escuchara, el placer borraba todos los límites de mi vergüenza.

Fue un polvo fugaz pero delicioso, Descansé en el pecho de Arthur, él me acariciaba los senos y me hacía mimos.

—Se me ocurre una idea para vernos a escondidas —me dijo Arthur al oído.

—¿Qué día preferirías que te hiciera el amor?

—Todos los días mi vida.

—¡Jajaja! Pero elige un día a la semana, para hacerlo nuestro.

—El viernes.

—Perfecto, el viernes a las 7 de la tarde me esperarás en las ruinas de la muralla de Camelot, yo iré a buscarte en mi caballo, estaremos lejos de la vista de todos y te llevaré mi cueva para hacerte el amor hasta el amanecer.

—Me encanta la idea... ¿Pero luego de eso qué haremos?

—Luego contaremos 8 días a partir del sábado para volvernos a ver, en el mismo lugar, a la misma hora.

—¿Por qué tanto tiempo Arthur? No creo que resista estar sin ti.

—Tendrás que hacerlo Princesa. Será la única manera de no levantar sospechas.

—Haré lo que sea para amarte...

—Yo también Elena, yo también haré todo lo que tenga que hacer, así tenga que matar a tu padre para estar contigo.

Sus palabras retumbaron en mis oídos ¿Matar a mi padre? ¿Sería esa la única manera de que viviéramos felices Arthur y yo? Aunque amara mucho a Arthur no quería que mi padre muriera. Debía haber otra manera, tenía que convencer a mi padre que Arthur era un buen hombre, un caballero valiente y leal a Camelot. Era demasiado en qué pensar pero ahora solo quería disfrutar del momento con mi hombre.

Mis manos fueron bajando por su cuerpo hasta que tomé su pene dormido, era largo y flácido. Lo besé con ternura y empezó a hincharse lentamente, empecé a masturbarlo y a estimularlo con mi boca hasta que se puso duro de nuevo, lo lamí e hice el sonido de una gatita, Arthur se rió.

—¿Quieres tu bocadillo gatita?

—Miau.

Se tiró hacia mi cara, se sostuvo del cabezal de la cama y empezó a mover rápido su cadera contra mi boca.

—¿Te gusta este bocadillo gatita? —asentí con la cabeza mientras le daba una buena felación.

Exploré sus nalgas con mis manos, eran tan firmes y excitantes, De repente Arthur se dio una vuelta y hundió su cara en mi vulva al mismo tiempo que metía su pene en mi boca, era una sobrecarga de placer sentir su miembro penetrando en los profundo de mi garganta al mismo tiempo que su lengua jugaba con mi clítoris. Me erizó toda la piel, estaba tan cerca del orgasmo.

—¡Voy a acabar bebé!— me dijo.

Y nos corrimos al mismo tiempo, él llenó mi garganta de semen y yo

llené su boca con mis fluidos. Quedamos jadeando de placer. Se recostó a mi lado, nos estábamos besando un rato cuando alguien tocó la puerta.

—Elena, soy yo Claire.

No sabía si responder o guardar silencio y pretender que no estaba ahí.

—Elena, sé que estás ahí con Arthur. No soy tonta ¡Abre la puerta!

Abrí la puerta y le hablé por el resquicio.

—¿Qué quieres Claire?

—¡Están en aprietos! Alguien le ha contado a tu padre que Arthur vino como un invitado al palacio.

—¿¿Qué?! ¿Quién le habrá dicho eso?

—No lo sé Elena, lo importante es que debes escapar.

—¿Qué sucede Elena? —me preguntó Arthur desde la cama.

—Cariño, vístete rápido. Te han delatado, debes escapar antes de que mi padre te encuentre.

—No, estoy cansado de escapar, es hora de que le de fin a este problema.

—Arthur, estás en la casa de mi padre, ten un poco de sentido común.

—Lo siento Elena, pero no puedo seguir siendo un cobarde, sabías que este momento llegaría tarde o temprano.

Se levantó, volvió a vestirse y tomó su espada. Yo me coloqué una bata rápidamente, abrió la puerta y bajó al salón. Detrás todavía estaba Claire oyendo todo lo que habíamos hablado.

—¿Cómo te enteraste de que estaba con Arthur? —le pregunté.

—Pues desde que los vi bailando juntos noté las chispas, luego cuando conversé con él, era muy obvio que no se trataba de un aristócrata.

—Pero... ¿Qué te hizo pensar que era Arthur?

—Hice la suma querida prima, dos y dos son cuatro y yo no soy ninguna tonta. Pero no te preocupes, sabes que jamás te traicionaría.

—Debo hacer algo para evitar que mi padre lastime a Arthur.

—O que Arthur lastime a tu padre —dijo Claire con su típico acento irónico.

Sir Arthur.

Dejé a Elena en las afueras del palacio. Se veía hermosa pero a la vez tan triste. No quería dejarla, quería llevarla conmigo y escapar a el bosque o hacia un reino muy lejano donde pudiéramos amarnos sin ninguna restricción. Pero por ahora, debía ser sensato y dejarla a salvo en su hogar.

Cabalgué rápido de regreso a la cueva, creo que habré soltado una lágrima que la brisa se llevó. La princesa era lo único en lo que pensaba, día y noche. Me imaginaba besando sus senos, acariciando sus hermosas nalgas y haciéndola gritar de placer. De repente llegó una carta. Era su invitación a su cumpleaños.

Tomé unas viejas reliquias y salí a venderlas a Mirwetch. Fue un largo viaje pero al menos nadie me conocía ahí. Compré un traje y en una joyería vi un anillo, el regalo perfecto para Elena, una muestra de mi amor y mi compromiso con ella.

Esperé los días con ansias, solo deseaba volver a probar los dulces labios de mi princesa. Una tarde la imaginé entrando a mi cueva con un hermoso vestido, yo la desnudaba en cuestión de segundos para admirar las curvas de su cuerpo.

El deseo corría en mí, el recuerdo de su olor, de su vulva húmeda entre mi boca, de sus nalgas rebotando contra mi cuerpo, era demasiado deseo contenido y demasiada soledad. Me bajé los pantalones y sacudí mi pene erecto imaginando que tenía su boca hundida en mi miembro, imaginé que la penetraba lentamente, cerré los ojos y sentía su vagina estrecha palpitando con mi pene adentro. Acabé chorros de semen esa tarde.

La fecha había llegado, me coloqué el traje, tomé mi espada, pero me faltaba algo ¡El antifaz! Había olvidado lo más importante. Aunque me veía muy distinto a cuando saqué la espada de Excalibur, resaltaría entre la multitud si no cumplía con el código de vestimenta.

Entonces busqué en un baúl de Merlín, tenía que haber un antifaz de algún lado. Hasta que lo encontré, era rústico, de madera y tenía la pintura desgastada, pero serviría para pasar desapercibido entre los invitados y acercarme a mi princesa.

Llegué al palacio y mostré mi invitación, los guardias no vieron nada

irregular y me dejaron pasar. La vi bajar las escaleras con su gran vestido azul y su máscara, se veía hermosa, más hermosa que en mis sueños.

Sin duda era la mujer más radiante de la fiesta. Cuando bailamos, tenía que evitar las ganas de comerla a besos, pero tenerla conmigo, tan cerca, oler su cabello de nuevo era demasiado agradable. Nos tocó cambiar de pareja, bailé con una chica de cabello castaño y cara pecosa.

—¿Con quien tengo el placer de bailar? —me preguntó la chica.

—Es una fiesta de máscaras señorita, aquí las identidades no importan.

—Interesante... ¿Eres un príncipe o un duque? ¿O eres acaso un bandido?

—Un poco de cada cosa, pronto seré el Rey de Camelot —le dije al oído, ella se rió.

Terminó el baile, después del festín y de los espectáculos nos perdimos entre el jardín y me quitó la máscara, nos besamos y fue como besarla por primera vez, jamás me cansaría de su boca. Le di el anillo, le propuse que fuera mi esposa porque la amo con locura y quería que fuera mía para siempre.

Ya había cumplido una de las metas que me propuse, pedirle la mano a la mujer de mi vida, ahora tenía que cumplir la otra meta, esa por la cual había entrenado en secreto todos estos años. Convertirme en Rey de Camelot.

Hicimos el amor como salvajes, yo no podía contener las ganas de amarla. Comí de sus senos, comí de su vulva, comí de todo su cuerpo como si estuviera muriéndome de hambre. Me encantaba la manera en que jadeaba cuando mi pene chocaba con las paredes de su vagina. Y cuando arañaba mi espalda, era doloroso pero me excitaba aún más. Fue tanto el placer que me daba que no pude contenerme y me corrí adentro de ella.

Pero lo que más me gustaba de hacerle el amor a Elena, era tenerla en mis brazos después, haciéndole cariños y hablándole al oído, era mágico, su piel era tan suave, me encantaba acariciar sus pechos, pasar mi nariz por sus pezones y besarlos, explorar sus muslos y sus nalgas con mis manos.

Cuando le pasaba los dedos por su columna siempre sonreía y temblaba un poco, como si le diera un escalofrío, sentía una paz inigualable al estar con ella en esos momentos donde solo quería tratarla con dulzura para que descansara, para que recuperara energías y después seguir haciendo el amor de maneras diferentes.

Después de que lo hicimos por segunda vez alguien tocó la puerta para interrumpirnos. Era la chica con la que bailé hace rato, quien resultó ser la prima de Elena. El Rey Marcus ya sabía de mi presencia en su palacio, seguro alguien de Mirwetch me había reconocido y vino a buscar su recompensa.

Me vestí rápido y bajé a arreglar las cosas como un hombre. No tenía nada que esconder, no era un ladrón, solo tomé la espada de la piedra porque era el único que estaba destinado a hacerlo. Yo había protegido mejor el reino de lo que él lo había hecho.

Obsesionado tantos años con esa espada, había dejado que Los Zorros hicieran estragos en Camelot, hasta que acabé con ellos esa noche que salvé a Elena. Ella trató de calmarme para que no cometiera ninguna locura, pero ya estaba harto de vivir en las sombras. Era hora de terminar con todo esto.

—¡Aquí me tienes en persona Rey Marcus, soy Arthur Pollock hijo de Clarence Pollock y protegido del gran mago Merlín —desenvainé la espada de Excalibur.

—¿Cómo te has atrevido a aparecerte en mi casa, insolente? ¡Captúrenlo ahora mismo! —gritó el rey a sus caballeros.

—¡Padre! No puedes hacerle esto —dijo Elena bajando las escaleras.

—¿Elena? Por qué defiendes a este ladrón.

—Porque lo amo padre ¡Es el hombre de mi vida!

El Rey Marcus le dio una bofetada a Elena, la gente estaba conmocionada, yo no podía dejar que la maltratara frente a mis ojos, derribé a los caballeros para enfrentarme a él.

—¡No toque de nuevo a la princesa! —apreté mi puño, estaba a punto de darle un puñetazo en la cara al Rey.

—¡Arthur! Contrólate —gritó Elena.

Me calmé un poco, solo porque sabía que si golpeaba al Rey iría directo a la guillotina.

—Tú, maldito bandido, me entregarás la espada de Excalibur de una vez si no quieres que te mate.

—La espada le pertenece a quien fuera capaz de sacarla de la piedra. Ni usted ni ninguno de sus caballeros lo logró. Así que no tengo por qué entregársela.

—¿Acaso crees que serás Rey, crees que puedes venir a enamorar a mi hija para quitarme mi corona. Tú solo eres el hijo de un pobre herrero y jamás serás otra cosa que un ladrón.

—Pregúntele a su hija, o a cualquier persona. Claro, no a estas personas ricas y privilegiadas. Pregúntele a sus sirvientes, a la gente del pueblo de Camelot, quién fue el que terminó con los bandidos, los llamados Zorros ¡Díganselo compañeros! —señalé a los meseros de la fiesta y a las cocineras que se habían reunido en el salón junto con los invitados para observar la pelea.

—Arhur... Sir Arthur... —comenzaron a rumorar.

—¿Eso es cierto Elena?

—Sí padre, él solo detuvo a todos Los Zorros con la espada de Excalibur. Es un buen hombre, no merece que lo castigues.

El Rey Marcus pareció entrar en razón gracias a las palabras de su hija, bajó la guardia y se acercó al público.

—Entonces declaro que Arthur Polock es bienvenido en el reino.

Todos aplaudieron y los sirvientes gritaron de la emoción. Yo salté hacia Elena, la tomé de la mano y la levanté, ella me abrazó muy fuerte, pude ver que estaba llorando. La besé en la frente. Ella me besó en la boca, su padre nos miró, no podía hacer nada contra el amor.

La tomé por la cintura y seguí besándola, ya no me importaba si su padre nos veía o no. Luego del altercado con el Rey, muchos invitados venían a saludarme, a darme la mano y felicitarme por mi valentía, otros me preguntaban por la espada Excalibur, yo la desenvainaba y demostraba su agilidad.

Elena me sacó de la multitud para presentarme formalmente a Claire y Nadine, su prima y su sirvienta, quienes también eran sus únicas amigas, ambas se veían hermosas pero ninguna más hermosa que mi Elena.

—Yo sé quien te delató —dijo Nadine susurrando —fue el Conde de Mirwetch.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Elena.

—Porque pasé toda la fiesta junto a él y me lo contó primero a mí, iba a decirte pero no te encontré en ningún lugar... Su sastre es el mismo al que

Arthur le compró el traje.

—Maldito sastre. Pero todo pasa por una razón supongo, ahora ya no me tengo que esconder en el bosque y puedo estar con mi princesa a gusto ¡Mañana mismo me mudo a Camelot!

Abracé a Elena por la espalda y le di un pequeño beso en la boca.

—Por fin podremos ser felices— dijo Elena.

—Yo no estaría tan segura de eso. —dijo Claire—, no confíen en el Rey Marcus, si te ha aceptado en el reino es porque le gusta tener a sus enemigos más cerca. Mi consejo es que te mantengas de bajo perfil.

En ese momento el padre de Elena se acercó a nosotros junto con otros dos caballeros, las chicas se esparcieron para dejarme a solas con ellos. Me dio varias palmadas en la espalda y me tomó por el hombro. Tenía una sonrisa de reptil y un insoportable tufo a licor.

—Querido Arthur, he hablado con el consejo real y hemos decidido nombrarte Caballero real de Camelot por haber colaborado con el exterminio de Los Zorros.

—Gracias señor, pero... —me interrumpió.

—La ceremonia se llevará a cabo pasado mañana en la catedral de Camelot. Te felicito muchacho, eres un hombre, valiente, solidario y decidido como los que necesita este reino —se acercó a mi oído y susurró— Puedes quedarte con la espada, pero jamás te quedarás con mi hija...

—¡Hurra por el Caballero Arthur!—dijo uno de los caballeros, interrumpiéndolo

—¡Hurra! —gritaron todos los invitados.

La fiesta estaba finalizando y los comensales regresaban a sus carrozas, muchos se despidieron de mí con cariño. Elena me tomó del brazo.

—Parece que todas las máscaras se cayeron esta noche.

—Yo creo que algunos simplemente se cambiaron de antifaz por uno menos aterrador.

—Ahora que serás caballero podré tenerte muy cerca de mí.

—Elena, no creo que tu padre me deje vivir en el palacio como a sus

caballeros de confianza.

—Entonces ¿Nuestro plan secreto sigue en pie?

—Por supuesto. Apenas me asiente en Camelot te escribiré para que sepas mi dirección. Pero debes tener mucha discreción, ahora que tu padre sabe de nosotros será más severo contigo.

—No te preocupes estás hablando con la reina del engaño.

—¿Sí? La última vez terminaste descubierta en manos de unos bandidos —la tomé por las caderas, la acerqué a mí. Rocé su nariz con la mía y ella sonrió —, espero que seas tan buena engañando como lo eres haciendo el amor.

—He aprendido algunos trucos. Te sorprenderé...

* * * *

Fue extraño volver a Camelot y que la gente me reconociera y me saludara con cariño, ya me había acostumbrado a vivir bajo las sombras, todavía había algunos de mis retratos pegados por Camelot, donde se veía el dibujo de un niño que ya no existía. Ahora era un caballero de Camelot y mi deber era proteger a la gente, y servir al Rey.

Pero yo haría las cosas a mi modo, el Rey Marcus y yo concordamos que sería más útil fuera del palacio, viviendo en el pueblo y cuidándolo desde adentro con mi caballo, encontré una pensión sencilla en la calle Emery.

Desperté y mientras cabalgaba por el pueblo solo pensaba que hoy sería el día de reencontrarme con Elena, esperaba que todo le saliera bien, recompensaría todo su riesgo con mucho cariño y placer. Antes de que terminara el día fui hasta el rosal para recoger algunas flores para mi princesa.

Llegué a la pensión en la tarde, estaba cansado porque tuve que ayudar a mover un árbol gigante que se había caído sobre una casa, tomé un baño, me rasuré y me puse un poco de colonia, tenía que estar presentable para Elena. Ya era de noche, mi princesa aún no aparecía, me estaba poniendo nervioso, había tratado de ser lo más cauteloso el día del juramento para que no nos descubrieran. Salí a la calle a ver si la veía por ahí, unos hombres jugaban a las cartas en una acerca y vi a una chica pasar. Me le acerqué.

—¿Puedo ayudarte? Pareces perdida.

—Me desalojaron de mi casa por no pagar a tiempo, no tengo donde pasar la noche—me dijo la chica entre lágrimas.

Tenía el cabello rubio pero no podía detallarla bien porque era de noche y llevaba encima una capa.

—Puedes quedarte conmigo esta noche, no te preocupes, soy un caballero real, no te haré daño.

—Yo te conozco, eres Sir Arthur Pollock.

—Sí, ese soy yo... ¿Y tu nombre cual es?

—Marianne, Marianne Morrinson.

—Ven conmigo Marianne, yo te protegeré.

No sabía si Elena vendría porque ya habían pasado dos horas de la hora en que acordamos vernos, seguro su padre la había encerrado en su habitación o le habían asignado una institutriz que la vigilara, solo esperaba que estuviese bien, mañana mismo saldría al castillo con cualquier excusa para tratar de verla, mientras tanto, no podía dejar a esta chica en la calle.

—Oye Charles ¿No tienes una habitación libre para esta joven? Ponla a mi cuenta —pregunté al dueño de la pensión

—Lo siento Arthur, todo está lleno, pero no tengo problema en que se quede contigo.

Miré a la chica para ver si estaba cómoda con la idea, ella asintió con la cabeza. Nos dirigimos a mi habitación, ella seguía con la capa puesta todavía adentro del cuarto.

—Puedes quedarte en la cama, yo dormiré en una silla o donde sea.

La chica recorrió la habitación y se sentó al borde de la cama.

—Es una cama muy grande, podemos compartirla...

—No creo que eso sea correcto señorita.

—¿Por qué? Solo dormiremos... ¿O es que acaso tienes novia?

—Estoy comprometido de hecho.

—Pero yo no veo a ninguna mujer por aquí.

—Sí, es algo complicado.

—Tranquilo, no haré nada que no quieras.

Me acosté de espaldas a la mujer, su fragancia hechizaba mis sentidos, era una tentación estar durmiendo al lado de una mujer tan hermosa y no poder siquiera tocarla. De repente la mujer se levantó de la cama.

—Creo que está haciendo mucho calor aquí.

Se quitó toda la ropa de un tirón, quedando completamente desnuda como si nunca hubiera llevado nada abajo de su capa. Era preciosa, sus curvas eran perfectas, tenía unas caderas amplias y sus pechos se veían deliciosos.

No podía aguantar más, mi sangre vibraba por todo mi cuerpo, me levanté y me acerqué a Marianne, todo estaba muy oscuro, no había más luz que una vela en el cuarto, cuando detallé su rostro descubrí marcas de flores negras de encaje entre sus ojos. El mismo que usó Elena en su fiesta.

Me sorprendí, pero ahora todo tenía sentido, este cuerpo tan precioso no podía ser otro sino el de mi princesa. Elena se había convertido en una maestra del disfraz como me había prometido. Le seguiría el juego.

La besé apasionadamente y la puse contra la pared. Ella soltó un pequeño grito de susto por mi salvajismo... Si se suponía que esta chica no era mi princesa, podía hacer lo que quisiera con ella. Le lamí el cuello, la cargué más arriba hasta llevar mi boca hasta sus senos, mordí sus pezones, ella se estremeció y arrancó mi espalda.

Puse todo su peso sobre mis hombros, se tambaleaba hasta que encontró equilibrio, la estaba alzando y casi tocaba el techo con su cabeza, tenía toda su vulva para saborear como quisiera. Metí mi lengua ahí dentro, definitivamente era la dulce vulva de mi princesa. Moví mi lengua en círculos y la escuché gemir. Mordí los labios de su feminidad y ella golpeó la pared por el dolor.

—Cálmate cariño, que despertarás a los vecinos.

—¡Aaah! —gimió —, lo siento.

La bajé de mis hombros y la puse de rodillas en el suelo, me quité la ropa, ella debía quitarme los pantalones. Lo hizo tímidamente, se sorprendió al ver mi pene erecto, lo tomó con cuidado, yo lo metí en su boca sin más, lo hundí hasta sentir que mi glande chocaba contra su garganta.

La tomé por la cabeza y la hundí en mi pene hasta que no podía respirar y tenía arcadas. Movía mi cadera rápido dentro de su boca. Elena era la mejor con sus labios, su lengua jugaba con mi glande y ratos la dejaba masturbarme mientras lamía mis testículos. Tenía ganas de acabarle en la cara pero me contuve, quería darle mucho placer a esta “Marianne”.

La puse sobre la cama en posición de perrito, sobé su nalga y le di una buena nalgada, soltó un grito. Le metí dos dedos en la boca y la nalguee de nuevo y de nuevo hasta que su culo se puso rojo, arqueaba la espalda pero no podía gritar, fui metiendo mis dedos en su vagina, luego se los daba a probar.

Me puse detrás de ella y abrí sus nalgas para descubrir su ano y su vulva, empecé a lamerle los labios y después fui subiendo con mi lengua hasta su ano. Ella gimió muy fuerte, tembló, y soltó una risa, le daba cosquillas que hiciera eso pero lo disfrutaba.

Metí mi pene en su vagina, ya estaba húmeda y lista para recibir mis embestidas, mientras la penetraba hasta el fondo metía un dedo en su ano, ella se estremecía de placer. Me movía rápido chocando con las paredes de su vagina, tenía que limpiarme el sudor de la cara a cada rato, ella apretaba sus músculos para aprisionar mi miembro.

El placer nubló mi vista, nuestras pieles se conectaron, todos los sentidos se agudizaron, sentía que el tiempo era eterno cuando estaba haciéndole el amor a esta chica, que podía ser tan salvaje como sumisa.

Cuando me di cuenta, estaba abajo de ella y los movimientos de sus caderas llevaban todo el control, su cabello era negro de nuevo, era Elena a la que le estaba haciendo el amor, pero una Elena más salvaje que rebotaba sin pensar sobre mi cuerpo, meneaba mi miembro dentro de su vagina, era incontrolable.

La sentí correrse sobre mí y su vagina disparó fluidos sobre mi estómago, pasé mis dedos por el líquido y lo probé, era algo amargo pero delicioso. Saqué mi pene de su vagina, lo puse entre sus tetas y empecé a balancearme, Elena, que tenía unos pechos grandes y hermosos los apretó entre mi miembro y me corrí en ellos, algunas gotas cayeron en su mejilla. La limpié con mi camisa que estaba tirada.

—¿Quieres tomar un baño mi princesa?

—Solo si es contigo mi caballero.

Y como la primera vez que le hice el amor, terminamos en la bañera juntos, para luego acostarnos abrazados, a pesar de que la traté con dureza era solo porque sabía que lo disfrutaría, ahora la llenaba de besos y caricias como siempre. Quedamos despiertos dándonos amor hasta que el sol empezaba a asomarse en el horizonte.

—De verdad que me engañaste con esa peluca rubia, eres toda una actriz.

—Gracias, gracias... —dijo como una actriz de teatro— sabía que no podías resistirte a ayudar a una chica en apuros.

Sonrió, su sonrisa era tan radiante después que hacíamos el amor que sentía que no la merecía.

—Debo irme mi amor —dijo Elena.

—¿Cuándo te volveré a ver?

—El sábado siguiente.

—Te prometo que te tendré una sorpresa.

Elena se vistió con su disfraz de plebeya, se colocó su peluca rubia y abrió la puerta.

—Adiós mi Arthur...

La tomé por las caderas antes de que saliera y la besé. Fue un beso largo, pero yo deseaba que durara para siempre.

Princesa Elena.

Mi Arthur había sido tan valiente al defenderme frente a mi padre, se había ganado su respeto y el de todo Camelot, ahora sería juramentado como caballero. Vestí de rosa pálido para la ceremonia, estaba al lado de mi padre cuando este posó una espada sobre los hombros de Arthur para nombrarlo caballero, se veía tan guapo con su brillante armadura. Me guiñó un ojo justo después de dar el juramento. Yo solo deseaba que ya fuera viernes para que me hiciera suya. Luego de la ceremonia hubo un pequeño festejo donde sirvieron cordero y vino.

—Un brindis por Sir Arthur—dijo mi padre y todos chocamos nuestras copas.

Arthur pasó por mi silla y me dejó disimuladamente una nota en un pequeño papel. La leí, era la dirección de su nuevo hogar y además decía “te ves hermosa como siempre”. Lo miré y estaba hablando con otro caballero. Aunque ya todos sabían de lo nuestro se esforzaba en mantenerlo discreto.

Luego de su agasajo se retiró en su caballo, su trabajo era mantener las calles del pueblo seguras. No lo vería por aquí en el palacio, solo en las ceremonias reales. Pero lo vería cada 8 días como habíamos acordado, tenía que convencerlo de acortar el tiempo. No podía pasar tanto tiempo sin sus besos, sin sentir su cuerpo temblar dentro de mí.

El día había llegado, desde que desperté no podía contener la emoción, esperaba con ansias que el sol cayera para escaparme del castillo a los brazos de Arthur, tomé un largo baño en leche de vaca, exfolié mis piernas, toda mi piel con el líquido, era un secreto de belleza que todas las princesas hacían para sentirme más bellas y sedosas. Le conté de mi plan a Nadine, necesitaba de su colaboración para que todo funcionara.

—¿Y dónde está viviendo ahora? —me preguntó.

—En la calle Emery ¿Sabes cómo llegar ahí?

—¡Oh Elena! Dices conocer y amar el pueblo de Camelot pero de verdad no tienes idea. Es la calle donde está la herrería. Trata de no ser secuestrada de nuevo.

—¡Jajaja! Eres tan cruel Nadine.

—¿Qué harás para que no te reconozcan?

—Ya verás...

Me coloqué una capa sobre mi cuerpo desnudo, la cerré bien, practiqué una manera diferente de caminar, más tosca, también practiqué un acento diferente al hablar, y el disfraz estaría completo con una peluca rubia de cabello natural. Era otra persona.

Estaba lista para adoptar mi identidad secreta, Marianne Morrison, y conquistar a Arthur. Bajé por la ventana de mi cuarto con la ayuda de Nadine, arreglarme me tardó más de lo que esperaba, pero lo mejor se hace esperar, pensé. Además, si llegaba tarde eso aumentaría el factor sorpresa.

Deambulé un rato por la calle al frente de la pensión donde vivía Arthur, estaba nerviosa, pero sabía que él saldría a buscarme en los alrededores, y así fue, lo vi caminando hacia mí y comencé con mi obra de teatro.

Era una chica que no tenía donde pasar la noche y que aceptaría la ayuda de un hombre generoso como él ¿Será que me había descubierto pero también continuaba actuando? No lo sabía, pero yo no me saldría de mi personaje, había algo tan excitante en jugar a ser otra mujer, podía darme la libertad de ser más atrevida o más inocente.

Arthur se sentía nervioso con mi presencia, podía notarlo en sus movimientos rígidos y en el tono de su voz. Lo convencí de que se acostara a mi lado, aunque me dio la espalda para evitar verme y caer en la tentación. Pero la tentación de serme infiel crecería cuando me desnudara frente a sus ojos. Dejé caer mi capa y bajo ella no había más nada que mi suave piel.

Arthur se acercó, me miró, ya me había reconocido. Me tomó y me hizo suya de una manera tan salvaje que parecía otro hombre el que me estaba haciendo el amor. Me hizo gritar y gemir de placer toda la noche.

Exploró zonas de mi cuerpo que no sabía que podían esconder tantas sensaciones. Perdí la cuenta de las veces que me corrí esa noche. Fue la mejor noche que había pasado con él. Ansiaba que la noche fuera eterna para hacer el amor una y otra vez con mi caballero, pero el sol comenzó a salir lo que significaba que debía volver al castillo.

Me despedí, abrí la puerta y cuando estaba a punto de salir, Arthur me tomó por las caderas y me besó. Desabotonó mi capa para dejarme desnuda una vez más. Cerró la puerta y me alzó hasta dejarme caer en la cama una vez más.

—Te tengo una sorpresa mi princesa.

Fue hasta el armario y volvió con un ramo de rosas, era un detalle tan tierno de su parte.

—Flores para la flor más hermosa de mi vida.

—Gracias cariño— las olí, aún estaban frescas y perfumadas.

Arthur tomó una y pasó sus pétalos por mis labios, para después besarme, luego acarició mis pezones con ella, después pasó su nariz entre mis pechos para apreciar el olor, la rosa se sentía muy agradable entre mi piel, estaba excitándome de nuevo.

—Arthur... Es tarde, tengo que regresar.

—No te preocupes cariño, todavía es temprano...— dijo mientras besaba mis pechos.

Sabía que no era temprano, podía ver la luz del sol asomándose por la ventana. Fue bajando con la rosa y la rozó en mi feminidad haciéndome cosquillar, para después darme un beso muy húmedo. Después abrió los labios de mi vulva para lamer mi clítoris, no sabía si dejarme llevar por la pasión o ponerle fin a esto porque me sentía en el paraíso y ya estaba muy excitada.

—¡Oh Arthur! —dije entre gemidos— déjame ir por favor.

Pero su lengua no se detenía, hacía círculos en mi clítoris cada vez más rápido. Metió un dedo en mi vagina y el pulgar en mi ano mientras lamía mi clítoris hinchado, era como si todo el placer que sentía, él también lo podía sentir. Sentí la electricidad recorriendo mis muslos y me corrí en su boca. Me besó y me puso de espaldas.

—¿Qué harás ahora?

—Te voy a dar por detrás amor mío.

Estaba asustada, no sabía si me dolería, metió su lengua entre mis nalgas para lamer mi ano, mi cuerpo todavía estaba temblando del orgasmo que acababa de tener, todo me palpitaba en mis adentros, estaba agotada por tantas embestidas que me había dado en toda la noche. Tampoco quería darle todo, debía dejar lo mejor para después y que así sus deseos crecieran.

—Lo siento Arthur, no te daré mi culo este día.

—¿Por qué amor, acaso no me lo he ganado?

Le sonreí y me dio una nalgada.

—Está bien querida, no haré nada que tú no quieras.

Le dí un pequeño beso a Arthur antes de salir. Se ofreció a acompañarme pero yo no quería generar más sospechas, así que lo dejé acostado sobre su cama, desnudo y con su miembro medio dormido, se veía tan guapo e imponente. Me puse de nuevo mi capa y salí de su cuarto hacia el castillo, me encontré con el casero que me vio con sonrisa pícaro.

—Hasta luego—le dije un poco apenada.

Ya había amanecido por completo, tenía que apurarme antes de que notaran mi ausencia a la hora del desayuno. Me moví rápido entre las calles del pueblo hasta llegar a la parte trasera del castillo. Donde me esperaba Nadine desde la ventana de mi cuarto para ayudarme a subir.

—¡Nadine!—llamé y tiré una pequeña roca hacia mi cuarto.

Nadie salió... Algo andaba mal, seguí llamando por un rato pero al parecer ella no estaba en la habitación como habíamos acordado, comencé a trepar el muro, hasta que subí a la habitación para encontrar a mi padre ahí.

—¿Puedes explicarme donde estabas Elena?!—gritó.

—¿Elena? Yo no soy Elena—pensé que mi disfraz lo engañaría.

—Oh, si no eres Elena entonces... ¡Guardias! Llévense a esta intrusa.

Entraron los caballeros con lanzas en sus manos, estaba aterrada, mi engaño había llegado a su final.

—Padre, soy yo... Elena —me quité la peluca para revelar mi verdadera identidad.

Mi padre me tomó por el brazo y me tiró al suelo.

—¿Estabas con ese malnacido Arthur? ¡Dime la verdad!

—Sí padre, estaba con él—dije cabizbaja, mientras las lágrimas caían por mi cara.

—¿No fue suficiente para ti que le perdonara la vida y que lo dejara venir al reino? ¡Hasta lo nombré caballero! Tenías que ir hasta tu casa como una zorra escurridiza.

—¡Lo amo padre!

Me levantó del suelo.

—No me importa que lo ames. Tú jamás podrás estar con él. Ahora quítate esos trapos y ponte algo decente. Es hora del desayuno y todos están preguntando por ti.

Jaló de mi capa, traté de retenerla pero tiró de ella con más fuerza y me dejó desnuda. Los caballeros se sorprendieron, mi padre me miró con enojo y me dio una cachetada tan fuerte que me dejó tirada en el suelo. Me estaba humillando frente a todos los guardias y eso era lo que más me dolía.

—¡Yo no te crié, yo no te di todas las comodidades, todos los estudios, todos los lujos que me pediste para que fueras una ramera! Si quieres ser una ramera vivirás como tal. Llénvenla al calabozo—ordenó.

—¡Perdóname padre! —me miró indiferente.

Alcancé mi capa y me la puse como pude. Los guardias me tomaron del brazo y me arrastraron, mientras yo lloraba y pedía misericordia.

—Ni te imaginas lo que le espera a tu noviecillo...—dijo un caballero mientras me llevaba hasta el calabozo.

Me encerraron en una celda oscura y sucia, llena de goteras y charcos, podía ver a las cucarachas y a las ratas pasearse. Era un lugar frío y tenebroso, no dejaba de llorar y de pedir ayuda pero nadie me escuchaba aquí abajo. Estaba totalmente sola. Tenía que encontrar una manera de comunicarme con Arthur, temía lo peor. Mi padre lo enviaría a la inquisición por haberse acostado conmigo, moriría por mi culpa. Mi amor había sido una maldición para él.

De saber que esa sería la última noche que estaríamos juntos, le habría dado todo lo que me pidiera, pues se lo merecía, se había ganado mi corazón y mi cuerpo con su valentía y sus detalles.

Miré el diamante en mi anillo y recordé la noche en que me pidió matrimonio. Recordé cada uno de sus besos, sus caricias, sus promesas. Ahora todo estaba roto, como si alguien hubiera dejado caer una copa a mis pies y solo me cortara las manos al tratar de repararla.

Sir Arthur.

Pasé unas cuantas horas durmiendo después de que Elena se fue, me ponía muy duro pensar en su culo, tenía unas terribles ganas de probarlo, de penetrarla por detrás y hacerla gritar de placer.

Soñé que nos casábamos, huíamos en mi caballo hacia una pradera donde yo había construido una cabaña para nosotros y hacíamos el amor cuantas veces quisiéramos. Desperté, haría exactamente lo que vi en mi sueño. Buscaría la pradera más linda en los bosques de Camelot para construir nuestro nido de amor.

Tenía 8 días para terminar este trabajo, tendría que ponerme manos a la obra. Tendría que contratar algunos hombres que me ayudaran si quería terminar a tiempo. Si alguien me preguntaba por qué no estaba cuidando las calles del pueblo diría que estaba construyendo una casa para una chica que se había quedado sin hogar... Una casa para la misteriosa Marianne Morrison. Me levanté de la cama, salí de la pensión y saludé al casero.

—Buen día Charles ¿Cómo amaneciste?

—Muy bien Sir Arthur, pero no tan bien como usted ¡Tremendo revolcón le dio a esa chica anoche eh! Toda la pensión se enteró.

—¡Jajaja! Lo siento mucho. No volverá a pasar —dije apenado.

—Un anciano te está buscando desde hace rato, no quise molestarte porque pensé que esa chica te había dejado agotado.

—¿Un anciano, cómo se llamaba?

—No me dijo su nombre pero creo que todavía está en el umbral.

—Gracias Charles.

Caminé hasta el umbral para encontrar a alguien de mi pasado que pensé que nunca vería de nuevo.

—¡Merlín! Qué gusto verte.

—Arthur ¿Cómo has estado pequeño?

Lo abracé, mi maestro había vuelto al reino donde ya era bienvenido, fuimos hasta una taberna por una cerveza. Teníamos mucho que conversar. Lo

puse al día acerca de todo lo que había pasado en este tiempo, le hablé de Elena, de Los Zorros y de cómo me enfrenté al Rey Marcus en la mascarada. Él me escuchó con atención, pero sin asombro, como si ya hubiera presenciado todo lo que le estaba contando.

—Me alegra mucho ver todo lo que has avanzado estos años Arthur. Pero temo que tuve un presagio y no era uno bueno...

—¿A qué se refiere maestro?

—Hijo, es hora de que sepas la verdad. Si alguna vez no te conté lo que estoy a punto de contarte es porque no había llegado el momento indicado, pero ahora parece que el destino ha puesto todo en su lugar y es preciso que te sea revelado tu origen...—decía Merlín arrastrando cada palabra con su voz baja y envejecida —. Arthur, nuestro encuentro hace años no fue pura casualidad. Cuando llegaste esa tarde a mi cabaña yo ya sabía quién eras. Tú eres el verdadero Rey de Camelot.

—¿Qué quiere decir?

—Arthur, tú eres el hijo de los antiguos reyes, Martin y Charlotte de Camelot, tu madre murió unas horas después de que te concibió y te puso como nombre, Hector ¡Tú eres el heredero legítimo del trono! El Rey Marcus te secuestró cuando eras un recién nacido para dejarte tirado en una calle de Camelot, ahí fue donde tu padre te encontró.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Tienes la marca de la realeza ¡Es el lunar rojo de tu pecho!

Lo sabía, algo en mis adentros me decía que mi destino siempre había sido ser rey. Ahora iría tras el rey Marcus, ese desgraciado me condenó desde que nací, me quitó todo lo que tenía por su ambición.

Pero quizás de no haber sido así no sería la persona que soy ahora. Quizás ni siquiera me hubiera enamorado de Elena. No tenía sentido pensar en el pasado o en lo que pudo ser. Ahora debía enfrentarlo y reclamar lo que siempre me perteneció. La corona y mi princesa, Elena.

—¿Significa que Elena es mi prima?

—Sí, son primos lejanos.

—Pero la amo tanto...

—Arthur, cuando el amor es verdadero, no hay ley humana que lo detenga...

—Iré por el Rey Marcus ahora mismo.

—Debes tener cuidado muchacho, él ya te está buscando, quiere tu cabeza. Lo he visto en las runas.

Salí de la taberna y monté mi caballo hacia el castillo. Solo pensaba en Elena, derrotaría a su padre y por fin podríamos estar juntos como siempre lo habíamos querido. Apenas llegué al palacio los guardias me detuvieron con lanzas. Merlín tenía razón, me estaban buscando, me llevaron adentro con el Rey, estaba sentado en su trono rodeado de toda la corte real. A su lado estaba Elena encadenada a una silla con una mordaza en la boca que no le permitía hablar.

—Al fin aparecer maldita rata—me dijo.

—¡Suelten a Elena!

—Mi hija debería ser lo que menos te angustie ahora... Ya que estás a punto de perder la cabeza, literalmente.

—¿De qué se me acusa?

—¡De haber ultrajado a mi hija!

—Pues yo tengo algo de qué acusarte. ¡Eres un secuestrador de infantes! Secuestraste al heredero de la corona cuando solo era un bebé y lo abandonaste para quedarte con la corona.

—¡Jajaja! ¿Qué clase de patrañas estás diciendo?

—Es la verdad ¡Yo soy ese hijo!

Me arranqué la camisa para dejar a la vista de la corte mi marca de nacimiento.

—Yo soy Hector, el hijo de Martin y Charlotte.

Todos me miraron sorprendidos. Los guardias me tomaron de los brazos para inmovilizarme. La Condesa Leah, quien era hermana de los difuntos reyes se acercó para examinarme. Una lágrima corrió de sus ojos cuando vio mi pecho.

—¡Hector... Eres tú!

Entonces la corte miró al Rey Marcus y lo comenzaron a interrogar.

—Liberen a Elena —ordenó la condesa.

Los guardias me dejaron libre y Elena saltó a abrazarme.

—¡Arthur! —dijo sollozando —te amo mi Arthur...

—Yo también te amo princesa.

—¡Esto no se queda así! —dijo Marcus —Tú quién ahora te dices llamar Hector ¡Te reto a un duelo!

—¡Marcus! Eres un criminal y no tienes honor para retar a nadie. Lo único que mereces es la guillotina —dijo la condesa.

—No Condesa Leah, yo acepto el duelo. Y como Rey de Camelot pido que respete mi decisión —me acerqué a Marcus —Te concederé el honor de pelear con un verdadero Rey.

—Cariño ¡Por favor no lo hagas! —dijo Elena.

—Lo siento Elena, es lo que tu padre quiere y es lo que tendrá. Un duelo mañana apenas el sol se asome.

Princesa Elena.

Los guardias me pusieron unos grilletes y un bozal y me devolvieron al palacio. Toda la corte estaba reunida, temía lo peor. Que ejecutaran a Arthur frente a mis ojos. Pero lo que ocurriría sería tan inverosímil que nunca lo hubiera imaginado ni en el sueño más alocado.

Arthur era el Rey legítimo de Camelot y mi padre un farsante, un criminal. Ahora lucharían en un duelo de espadas. Si Arthur perdía mi padre seguiría siendo el Rey, si ganaba, mi padre moriría en sus manos o en la guillotina. Aunque fuera la peor persona del mundo seguía siendo mi padre, no quería que muriese de esa manera.

Me instalé con Arthur en la habitación matrimonial del castillo, nos besamos mucho pero él no estaba concentrado en hacerme el amor, su vista se perdía en las esquinas de la habitación.

—Lo siento Elena, tengo demasiado en qué pensar —me dijo.

Me acosté sobre su pecho y me quedé dormida. Me despertaron unas trompetas muy ruidosas, era el sonido que anunciaba el duelo. Arthur ya no estaba en la habitación, seguro no había dormido en toda la noche. Me vestí de negro, Nadine entró en mi habitación y me abrazó. Fuimos juntas hasta la arena donde casi todo el pueblo estaba reunido en las gradas.

Mi padre salió a la arena, hubo un silencio espectral, como si todo el mundo lo detestara. Él todavía gozaba de una gran vigorosidad, cabalgaba todos los días y era un excelente espadachín. A decir verdad temía por Arthur, aunque era un hombre muy fuerte no tenía experiencia en los combates. Cuando salió a la arena todo el público se puso de pie para aplaudirlo.

—Les anuncio que hoy no usaré la espada de Excalibur —todos callaron incrédulos —los guerreros honorables deben pelear en la misma condición que su enemigo.

Cada uno se puso en su posición, el duelo terminaría cuando alguno se rindiera o cuando alguien recibiera un golpe mortal. Estaba temblando del miedo, mi tía, la condesa Leah me tomó de la mano, estaba tan nerviosa como yo. Un trombón sonó fuerte, anunciando el inicio del duelo.

Ambos empezaron cautelosamente analizando el movimiento del otro.

Arthur dio la primera estocada que mi padre frenó con su espada. Este rozó su mejilla con el filo, el rostro de Arthur comenzó a sangrar. El combate fue intenso, Arthur no tenía tanta agilidad con una espada ordinaria y pesada, necesitaba la ligereza y velocidad de la Excalibur para ganar esta batalla.

Mi padre lo estaba destrozando, él frenaba todas las estocadas con su escudo, hasta que lo perdió. Tenía heridas en los brazos y el rostro, la sangre corría por toda su cara, de repente cayó al suelo. Mi padre subió su espada para darle el golpe final.

—¡No! —grité. Salté a la arena y me interpose entre ambos.

—¡Quítate Elena! Este insolente debe morir de una vez.

El rostro de Arthur estaba rojo, las heridas estaban abiertas y sangrando. Me agaché, me eché a llorar a verlo tan derrotado.

—Te amo mi princesa. Gracias por hacerme tan feliz —acarició mi rostro.

Le di un beso en la mejilla, me llené los labios con su sangre, era el final. No había nada que pudiera hacer. Me levanté y volví a las gradas. Arthur se apoyó de su espada para ponerse de pie, lo hizo con dificultad. Mi padre no esperó a que se recuperara del todo y clavó su espada en un costado de su estómago atravesando su armadura.

Arthur lanzó un alarido de dolor, yo no pude sino llorar y gritar en seco. Mi padre clavó más su espada en el cuerpo de Arthur, este se paró firme en la tierra, el alarido se convertía en un grito de guerra. Tomó la espada de Marcus con sus manos, con toda su fuerza la sacó mientras él intentaba hundirla más. La tiró. Ambos habían quedado desarmados.

—Es hora de pelear de verdad Marcus —apretó su puño y volvió a gritar con todo su aliento.

Era una pelea a puño cerrado, Arthur golpeó su cara con furia hasta que lo derribó. Tomó su espada de nuevo y se acercó a él. Puso un pie sobre su pecho y posó la punta filosa sobre su cuello.

—¡Mátame! ¡Mátame de una vez maldito! Quítame la vida como me has quitado todo lo que pertenecía —gritó mi padre.

—¡Guardias, Llévenlo al calabozo!

Los caballeros siguieron sus órdenes y se llevaron a mi padre de los brazos

mientras este maldecía. Arthur se retiró. La arena quedó vacía y llena de sangre. La gente celebraba, yo aún temblaba. Leah me abrazó, Nadine también. Bajé a ver a Arthur, estaba muy mal, tuvieron que llevarlo al médico inmediatamente, lo vendaron, cosieron sus heridas y le dieron hierbas.

—Todo terminó Elena. Ahora seremos felices —dijo Arthur acostado, acariciando mi mejilla.

—No puedo ser feliz sabiendo que mi padre es un villano.

—Tu padre pagará por sus crímenes, en vida. No podría matarlo sabiendo el sufrimiento que eso te traería.

Arthur era el hombre más noble de este reino. Le perdonó la vida a mi padre. Lo besé, su boca todavía sabía a sangre pero no me importó. Después de tantas tragedias era un nuevo comienzo para nuestro amor. Apenas se recuperó tuvimos nuestra boda y después fuimos coronados como Rey y Reina de Camelot. Todos los habitantes adoraban a Arthur, seríamos unos reyes justos y generosos con nuestro pueblo.

—Te amo mi reina. Gracias por darme la fuerza para ganar esa batalla.

Fue lo que me dijo en nuestra noche de bodas. Donde llenó nuestra cama con pétalos. Me besó con toda su ternura y pasión. Exploró cada centímetro de mi cuerpo como la primera vez que hicimos el amor en esa cueva. Le regalé todas mis cavidades esa noche, Me arrodillé, puse mi cabeza contra la cama y levanté mi cadera. Él acarició mis nalgas, las besó, las abrió para lamer mi orificio. Yo gemía, las cosquillas todavía me invadían, sentí sus dedos entrar con cuidado.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Todo lo que me haces me fascina.

Su miembro erecto entró lentamente en mi culo. Primero dolió y me quejé un poco, Arthur acariciaba mi espalda a la vez que iba hundiendo su miembro hasta el fondo de mi recto, me fui dilatando poco a poco, el dolor se volvió placentero y sus caderas embistieron mis nalgas cada vez más rápido.

Abrió mis piernas y masajé mi clítoris mientras me daba por detrás. Lo escuchaba jadear como una bestia, sentía un fuego recorrer toda mi piel con cada uno de sus movimientos. Una explosión de placer me invadió. Gemí tan fuerte como nunca, me corrí como una cascada para después sentir cómo el

miembro de Arthur se derramaba en mis adentros.

Y cada noche fue tan mágica como esa. Arthur construyó una cabaña en el bosque donde nos escapábamos de los deberes de la corona. A veces él iba primero y me esperaba ahí, yo tocaba su puerta, o mejor dicho, Marianne Morrison tocaba su puerta, para ser el objeto de todos sus deseos, fantasías y perversiones.

Otras veces era yo quien lo esperaba de noche, desnuda sobre la alfombra de piel frente al calor chimenea, para que me hiciera el amor como él solo sabía hacerlo. En ese nido de amor podía ser su princesa, su esclava, su enmascarada.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor deja una review del mismo (no tardas ni 15 segundos, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

J * did@ - mente Erótica

BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario

— Romance Oscuro y Erótica —

La Celda de Cristal

Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso

— Romance Oscuro y Erótica —

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me críe. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para

continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.